JAVIER DE VIANA

SOBRE EL RECADO

(CUENTOS CAMPEROS)

CLAUDIO GARCIA
EDITOR
SARANDÍ, 441
1919

Índice de contenido

LA LEY DEL AMOR
EL VIOLIN DEL GRILLO
YO NO SE COMO JUÉ
EL PUERTO DE AÑANG
IGUALITO A MI
LA NOVIA
« COME-COLA »
EL PIAL
LEYENDA ANDINA
LA NAVIDAD EN LA COCINA
LOS MUERTOS QUE MATAN
CACHORRA DE TIGRE
PRIMITIVO
PEDRO JUAN
DE TARAGÜI
AGUA DE CACHIMBA
DEL BAUL DEL PARDO
ALFREDO

« TABA DE CHANCHO »
ASI OBRAN LOS AMIGOS
GUERRA DE ZAPA
MAL ABRIGO
UN CUENTO QUE NO ES CUENTO
DEL TIEMPO MALDITO
CHINGOLOS
EL LOCO DE LAS VEJIGAS
SEMBRANDO FUERA DE TIEMPO
EL COMISARIO DE TUCUTUCO
EL CUENTO DE NO LIBORIO
LA TIERRA ES CHICA
LA VENCEDORA
VIDA ESTATICA
AMERICA HECHA
DE CÓMO MARTIN GANÓ UN PLEITO
EL QUE MATÓ A FAUSTINO

DIAZ
PALABRA DE ARAGONÉS
DE LA BIBLIA GAUCHA
Obras de JAVIER DE VIANA

LA LEY DEL AMOR

A mediodía, en la cumbrera del cielo, el sol, igualito a la haza de un trashoguero de ñandubay, echaba chispas, abochornando todo lo creado, imponiendo inmovilidad y silencio.

Los árboles, las hierbas, y las flores han perdido sus perfumes; y en cambio, llena la atmósfera un olor apestoso de cosas muertas: del estiércol del corral que los rayos solares escarban con sus uñas finísimas, de los cueros de vacunos y ovejunos apilados en el galpón; de los yuyos que se cortaron en el guarda patio; de las «garras» y las panzas y las tripas que se pudren entre el espinillar del basurero; de los nidos que abandonan las gallinas cluecas, perseguidas por el piojillo, los bichos colorados y otras sabandijas del yuyal...

La naturaleza sudaba, se purificaba echando afuera los productos tóxicos de todas las combustiones vitales; y para no

dañar a los seres, los amodorraba, con el opio terrible de la siesta.

Todos los seres dormían.

Todos los seres en la normalidad de sus existencias; pero en la estancia del Pintado había por lo menos dos que no dormían.

Uno de ellos era Tristán Toledo, quien sólo en medio del gran galpón desierto, donde hasta se habían inmovilizado por el sopor, había hecho fuego, había calentado agua, había preparado el mate, y, apenas tomado un buche, lo había arrojado con rabia sobre la ceniza.

Se paseó, se sentó; volvió a pasearse y volvió a sentarse, y cada momento, distraída, inconscientemente, su mano palpaba, ora el revólver, ora el cuchillo que llevaba en la cintura. ¿Por qué, para qué?

El lo ignoraba; era un gesto instintivo, un mandato venido de lo recóndito del alma, sin objeto preciso, sin atribución expresa.

Había vuelto a llenar nuevamente el mate cuando penetró en el galpón, bostezando y arrastrando las chancletas, el viejo don Tadeo.

-¿Matiando sólo? - interrogó.-Matiando en mitá'e la siesta...

-Parece que usted también se levanta en mitá 'e la siesta- respondió el mozo.

-¡Oh! yo es distinto; como estoy más viejo qu'el tabaco negro y me va quedando poca yerba pal cimarrón, le robo el sueño, qu'es medio muerte, y cuanti más tiempo están los güesos de punta, más horas s'está viviendo.

-¿Y pa qué?

-¡Pa vivir, pues!... Pa trabajar, p'ayudar a los que andan a pie y con el recao al hombro, pa darles rumbo a los que andan encandilaos, como... -¿Como quién?

-Como muchos. Tengo la vista ñublada, pero entuavía veo.

-¿Y qué ve, viejo?

-Veo la mesma miseria'e siempre: trabajo y pena pal güeno, diversión y alegría pal malo... Y a vos, como sos güeno, se te ha entrao tierra en el ojo...

Tristán, sin responder, se alejó disgustado y fué hasta la enramada, donde Apolina acababa de llegar y luego de poner un atado de ropas en el gancho de la montura, se disponía a montar su manso tubiano panzudo.

-¿Ya se vá?-preguntó con tristeza el mozo.
-Asina parece-respondió ella con desdén.
Humilde, él suplicó:

-¿A qué tanto apuro en dir pal pueblo?...

-Cosa rara, ¿no?... ¡Raro que vaya pa mi casa, pa casa e mama y los mios!...

-¿Pa ellos sólo es apero?...
-¡No! ¡Pa mi novio!...
-¿0 pa sus novios?...

-¡Avise si cree que tengo tropilla!... ¿Por qué no supone que me v'ia instalar al cuartel del ocho, pa devertir con amores a

los cinco cientos melicos?... -¡Cada vez más mala!-murmuró el viejo con profunda pena; y ella montando y disponiéndose a partir, respondió con una sonrisa repugnante: Y usté cada vez más zonzo!...

Chicoteó el tubiano, partió, se perdió de vista sin haber vuelto la cabeza una sola vez.

Al rato, Tristán fuese hacia el fogón, donde el viejo don Tadeo amargueaba sólo.

-Lo qu'es la vida-filosofó.-Vos, con tanta fama 'e ligador, en la carpeta el amor, te andás arrastrando como guasca'e vaca lechera, y sufriendo de tuitas layas por una...

-¡Por una mujer que quiero!

¿Y pa qué la querés, si te hace sufrir?... El mozo guardó silencio un momento. Luego se acercó al viejo que permanecía sentado junto al fogón, sobre un banco de ceibo, y poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo con voz amarga:

-Cualquiera mujer puede hacernos jugar, pero la única capaz de hacernos sufrir, es la que queremos...

EL VIOLIN DEL GRILLO

Con aquel domingo llenábase la segunda semana de la bulliciosa estada de la familia Olivares en la granja de las Glicinas, uno de los más pintorescos parajes de la provincia de Buenos Aires. El gracioso chalet erguía su copete rojo por encima de las lilas, las glicinas y los rosales que le formaban ancha cintura verde.

Entre esa muralla y el cuerpo del edificio habían, no muy amplios, pero espléndidos jardines, y al fondo de un ancho camino enarenado, un cenador, cuyo techo y paredes cubrían sin copartícipes, las ramas de una añosa y nudosa glicina...

Dentro de esa glorieta, lánguidamente extendida sobre una mecedora de mimbre tejido con prolijidad nipona, Olinda se hamacaba con aire de aburrimiento; mientras frente suyo, sentada en el ángulo de la mesita central, Eva reía como una chicuela haciendo saltar y ladrar a un

cachorrito de fox terrier.

-Hace quince días que estamos aquí!-exclamó Olinda.

¿Quince días?-interrogó su hermana.-Yo no lo hubiera pensado; ¡pasa el tiempo tan insersiblemente aquí!

-Para chicuelas como tú; o para las viejas amigas, como mamá y tía Cándida, que se pasan las horas bajo el parral rezando el rosario interminable de sus recuerdos.

Beba largó una carcajada y dijo:

Y las noches jugando a la brisca... Sin embargo, hasta hace quince días, no te aburrías y te mostrabas, por el contrario, casi más chicuela que yo. —¡Bah!— exclamó Olinda, algo embarazada;-'os primeros días, la novedad...

Y las atenciones de Juan Bautista ....

¡Salí!... no me hables de ese empalagoso, mitad gaucho y mitad pueblero.

-Confiesa que te gustaba,-observó

picarescamente la jovenzuela.

¡Phis!... Juguete, pasatiempo ..

Juan Bautista era hijo del antiguo mayordomo que en aquellos mismos parajes tuvo el finado esposo de doña Cándida, don Juan Martínez Canteras.

El estanciero, de quien era ahijado, lo envió a Buenos Aires, donde el «gauchito» hizo con éxito sus estudios escolares. Quizá hubiera ido más adelante, don Juan hablaba de hacerlo ingeniero agrónomo, pero la muerte repentina del padrin o y poco después la del padre, lo obligaron a consagrar toda su actividad al cuidado de los bienes de su protector y al servicio de la viuda. Poca cosa dejó la liquidación. La viuda, en compañía de su vieja cocinera, la parda Jacinta, y de sus dos chicas mucamas,-dos «guachitas » criadas por ella,— resolvió instalarse definitivamente en la granja, que su esposo había hecho construir para recreo veraniego.

Juan Bautista, considerado como un hijo por parte de doña Cándida, quedó

encargado del manejo de los bienes y lo hacía con tal inteligencia y honradez, que no sólo proporcionaba a su madrina todo el confort deseable, sino que todavía algo se atesoraba uno y otro año.

Olinda, coqueta y vulgar, se entretuvo en cautivar al mozo con zalamerías que a aquél, poco o nada experto en lances de amor, consideró sin embargo como una travesura juvenil y la entretuvo extremando su natural obsequiosidad.

Cuando ella supo que Juan Bautista habia tomado a serio el juego, rebelóse su orgullo y se dispuso a desilusionarlo por medio de una grosería que castigara esa insolencia.

Pronto tuvo oportunidad de hacerlo. Esa misma tarde Juan Bautista se presentó a la entrada de la glorieta y, dirigiéndose a Olinda, preguntó:

-¿Las señoritas van a salir en el breack, o ensillo los caballos?

¡Yo no salgo!-respondió de mal talante la

joven; y luego:-¡No hay nada más fastidioso que un grillo!

-¿La incomoda algún grillo, señorita?

¡Y tanto!... Hay uno que no cesa de chillar desde que llegamos a la chacra...

El mozo, fingiendo no haber advertido la agriedad del tono, ni la intención despectiva de la palabra <chacra», replicó sonriendo:

-Perdone, señorita: el grillo no chilla, canta, o mejor dicho, toca.

-¿Ah, sí? ¿Es guitarrero?

-No, es violinista.

-¡Famoso Paganini!

-Famoso, de veras, pues su violín es parte de su cuerpo.

-¿Cómo es eso?-exclamó interesada Beba, en tanto que Olinda hacía un gesto de desdén.

-Muy sencillo: la antena izquierda forma la paja, con sus cuerdas correspondientes y la derecha contiene el arco.

-Curioso el cuentito ¿eh?...—mofó la joven -Y lo más curioso-continuó Juan Bautista; impasible; es que sólo canta para llamar a su amada en cuanto ésta se presenta, deja de tocar. Si no aparece aquella, canta incesantemente.

-Hay otro medio de hacerlo callar: poniéndole el taco del botín encima.

-No es fácil; es un bichito muy ágil.

-Pues este que me fastidia, se va a llevar un tacazo, por más ligero que sea!...

-No tema, señorita:-respondió sonrierdo y con ligera ironía el mozo.-Esta noche no la molestará más.

-¿Se ha decidido a irse con la música a otra parte?

-No, señorita; es que usted estaba confundida: el grillo no estaba en su habitación, sino en otra, y como la bichita

a quien le cantaba acudió a la cita, ya no tocará el violín.

Y al decir esto fijó la vista en Beba, que bajó la cabeza ruborizándose.

¡Qué hipócritas, habían sido los grillos!.. exclamó furiosa Olinda, abandonando la glorieta con aire arrogante y despreciativo.

YO NO SE COMO JUÉ

Segundo López iba muy poco al pueblo, y cuando iba era por imprescindible necesidad, nunca por gusto.

Nunca le tuvo afición al pueblo, donde todo reñía con sus hábitos y su temperamento.

La comida de la fonda, aquellos guisos, hechos con yuyos y por querías que le hacían arder el estómago como si hubiese tragado ortigas, le desesperaba.

Dormir encerrado en una pequeña pieza, sin aire y en compañía de tres o cuatro forasteros desconocidos, constituía un tormento para él,, acostumbrado a dormir, casi todas las noches del año, a la intempérie, sobre el recado, con el suelo por cama y el cielo por techo.

Después, encontraba las aceras muy duras y estrechas, para él, habituado a una inmensidad del campo y a no hacer una

cuadra sino a caballo. Aparte de eso, era un taciturno, nada dispuesto a las jaranas.

A los veintiún años se enamoró perdidamente de Claudia, y Claudia lo engañó de la manera más repugnante.

Desde entonces cobró odio a las mujeres, le echó candado a la tranquera del potrero del cariño, y arrojó la llave al arroyo.

Sus vaquitas, sus ovejitas, su chacra, constituyeron desde entonces el objeto de su existencia

Cuando por necesidad iba al pueblo, gustaba pasear por las orillas,pisando pasto y contemplando ranchos.

En uno de esos paseos, cierta tarde pasó por frente a una casucha, en el umbral de cuya puerta, sentada sobre una silla coja, estaba una mujer haraposa.

Se detuvo sorprendido observándola.

¿Era esa ella?.. ¡No era posible que fuese ella!... La mujer, molestada, se quitó de la boca el apestoso cigarro paraguayo, y lo

interpeló con ruda insolencia:

-¿Por qué no sigue viaje?... ¿Se cré que soy vidriera'e confituría pa pararse a mirarme... ¡Claudia!-exclamó el mozo, asombrado ydolorido.

Ella lo miró atentamente, se ruborizó un poco, y luego, serenada, cínica, respondió:

-Yo mesma... Y vos ¿qué andás haciendo pu aquí?...

Segundo creía soñar. Aquella mujer sucia, desgreñada, envejecida por el en vilecimiento, era la misma linda moza que hasta cinco años atrás había llenado de ilusiones su alma simple y austera. -Sentate y tomarás un amargo,-dijole ella con la mayor naturalidad.

Sentía pena, sentía asco, deseaba escapar de allí, pero una fuerza superior lo retuvo. Se sentó, empezaron a hablar, a recordar el pasado. El experimentaba una morbosa necesidad de saber, de entrar en los detalles del drama que destrozó su vida.

-Contame-imploró.

-¿Pa qué?... Lo pasao pasao.

-Contame. Es lo menos que podés hacer por mi.

-¿Y qué querés que te cuente?... Yo le tenía una rabia loca a Nieves porque tuitos decían que era más linda que yo, y ella estaba muy orgullosa y comadrona. Yo te quería a vos, a vos no más; pero cuando vide que Facundo, un mozo lindo y rico, se iba a casar con ella, me dentró una comezón en el cuerpo y me propuse sacárselo... Dame juego. Encendió el pucho, chupó vivazmente, y prosiguió.:

-Vos t'enterastes del juego; quebramo; y me dejé llevar por la corriente, me entregué de boba, y poco después el endino de Facundo resolvió casarse con Nieves... ¿Comprendés?...

-No compriendo.

-Sos criatura. Una tarde estábamos lavando juntas, dispués juimos a tender la

ropa en la barranca'e la laguna Brava. Nieves se cayó al agua y se augó...

-Ya vos te llevaron presa...

Me llevaron presa. Me tuvieron dos años en la cárcel, y 10 pudiendo probarme nada, me largaror... Y entonces yo me largué!...-concluyó lanzando una cínica carcajada.

Notando la expresión de tristeza del rostro de Segundo, explicó:

-¿Y qu'iba hacer?... Sin vos, sin el otro... dejé correr el agua 'abajo, y que saliese lo que picara el anzuelo... Aura ya ves: en tres años me he vuelto un cachivache.

Seguro, nerviosamente, le apretó un brazo con violencia

¿Pero decís como jué?... Vos la matastes?... Claudia repitió su cínica carcajada y dijo: -Yo no se cómo jué. Pa mí que quiso mirarse en el espejo'el agua y se le jué la vista... Pero no hablemos de dijuntos. Tomá el mate!...

EL PUERTO DE AÑANG

El sol del crepúsculo echaba pinceladas rojas, que semejaban coágulos de sangre, sobre las aguas claucas del estero.

Yo había llegado dos horas después de mediodía a un boliche, almacén, fonda y posada,situado a media legua de El Iberá; y como forzosamente debía partir en la madrugada y no quería hacerlo sin echar siquiera un vistazo a la famosa laguna correntina, resolví aprovechar la tarde en un paseo hasta allí.

Había llegado al mesón terriblemente cansado, tras una trotada de doce leguas en un día caliginoso.

Una espléndida fegoada, un churrasco de carne color de onza brasileña, y una sabrosa canxica con laite, todo ello remojado con agradable vinho verde, y terminado con una taza de aromático café y un par de cigarrillos de excelente tabaco goyano, si bien reconfortaron mi cuerpo,

acrecieron el amodorramiento del espíritu.

Ligeramente afiebrado, lo razonable hubiera sido seguir el consejo del hostelero: gozar el reposo que me ofrecía la lona fresca del catre; pero la curiosidad pudo más que los dictados del sentido y, resuelto a realizar la excursión, ordené a mi peon que ensillara los caballos.

-¿Y a qué va ir allá el patrón, si nada no hay que ver en la laguna?-objetó tímidamente el guía; pero cedió a la insistencia de mi mandato, y poco después estábamos en marcha hacia el misterioso «campo de agua ».

No tardamos en llagar a la vera de la laguna, que, en efecto, no presentaba nada de original ni atractivo, asemejándose a un vulgar estero cualquiera. Entre la lujuriosa vegetación de sarandíes, juncos, caraguatás, y algas de todas clases y colores, veíase a trechos el agua verdosa e inmóvil, que a veces adquiría reflejos sanguíneos con la radiación solar. Aquellos puntos luminosos en medio de la sombría selva acuática, parecían los

centenares de ojos de un monstruo apocalíptico ...

-¿Y nada más hay que ver?-pregunté al guía, mientras seguíamos costeando el borde cenagoso de la laguna.

-Nada, no señor, no hay-respondióme el correntino.

-¿Y no se puede entrar?

-Carpinchos y jaguaretés sí que pueden; cristiano, no.

Avanzamos algo más y de pronto el gaucho sofrenó el caballo y dijo:

-Más paicito no vamo dir patrón.

-Por qué?

-Porque encimita está el Puerto de Añang. ¿Qué es eso?

-¡El Puerto del Diablo!

¡Vamos allá!

¡Che ndá jai amó! (¡Yo no voy allá!)- exclamó enérgicamente el correntino.

-¡Vamos!-ordené con imperio.

-Nda ipotai, patrón! (No puedo, patrón)— replicó obstinado.

Viendo que todas mis insistencias era vanas, resolví ir solo, desdeñando sus súplicas para que no cometiese semejante temeridad.

Fuí y ví. Era aquello una especie de delta formado por multitud de estrechos y sinuosos canales. Nada más. Regresé a poco, y en el retorno al mesón, el guía, cediendo a mi pedido, me contó la leyenda del fatídico Puerto de Añang, no sin antes advertirme:

-Si usté no reza esta noche un rosario y cinco padrenuestros, está perdido. A medianoche tendrá que levantarse de la cama y dir al Puerto de Añang, de donde nunca no volverá más... Y he aquí la leyenda:

En el medio mismo de la inmensa laguna, a centenares de leguas de sus márgenes, existe un islote, algo como un cerrezuelo, donde se abren las puertas de la morada subserránea del diablo, que no permitirá jamás a un cristiano desentrañar los secretos de su misterioso dominio. ¡Y guay de quien lo intente!... De todos aquellos que se han aventurado a proveerse de piraguas e internarse por los canales del delta, ninguno ha vuelso a tierra firme.

A poco andar, los sarandíes,-que no son sino diablos en acecho, cogen con sus ramas a la embarcación y al viajero y los hunden treinta metros bajo la ciénaga.

Hay más. Cuenta la tradición que quien quiera llegue hasta la boca del puerto, volverá fatalmente a él, a media noche y allí, seducido por encantadoras mujeres,-que no son otra cosque hijas de Añang, -es elevado en una barca roja y florida hacia las angosturas donde los mandingas de apariencia arbórea cumplen su siniestra misión.

Para salvar de tal suerte aciaga, no había

otro remedio que recurrir al conjunto de los rosarios y padrenuestros de que me hablaba el guía ... Y marcharse de inmediato de la comarca.

Yo sonrí al escuchar el relato. No recé rosarios ni padrenuestros, y me apresuré a emprender la marcha antes de la salida del sol.

Conozco muchas leyendas semejantes y sé que allá en aquellas tierras de contrabando, Añang se encarna en diversas formas y ¡guay de quien, incrédulo, persista en descubrir sus secretos!

IGUALITO A MI

En el interior de la selva de Montiel, en un atardecer de otoño.

Los nervudos leñadores,-cuyos brazos y pantorrillas desnudos se confunden, por el color y la dureza, con los troncos de ñandubay,--apresuran la labor a medida que se apresura la noche. Ramón, en cambio, al caer el árbol morrudo cuyo tronco resistió una hora a las feroces mordeduras del hacha, se sentó sobre él, lió y encendió lentamente un cigarrillo y quedóse sumergido en honda meditación.

Don Telmo, el capataz, se le acercó y le dijo con afabilidad:

-Entuavía hay luz para voltiar otro árbol. -Habrá,-respondió impacible el mozo. -¿Estás cansao?

-Sí; pero no del trabajo. Usté sabe que nunca me amaulé en la tarea ni nunca anduve sacándole el cuerpo a ninguna, por

juerte que juese: gracias a Dios tengo güenos brazos y güenos lomos, entre los lomos y el pecho un coraeón bien templao ...

-Me costa, atestiguó el viejo;-y por lo mesmo que me costa es que m'estraña verte aflojar en la ocasión ... ¿Andás enfermo?...

-Si estar enfermo es tener alguna achura averiada, no estoy enfermo: ningún pedazo del cuerpo me duele: tuito el maquinismo anda bien, y sin embargo ando como caballo trabao... ¡Es aquí y acá,-exclamó golpeándose la frente y el pecho, donde a la fija hay algo rompido!

Don Telmo que profesaba particular estima a Ramón, sentóse junto a él, sobre el grueso tronco del ñandubay abatido y aconsejó benévolamente: -Arbol rudo no se dobla si no lo castiga el viento, y pa defensa lo primero es aviriguar de que lao sopla el viento...

-¡Me hace ráir su sabiduría!-replicó con amargura el mozo.-¿De qué le sirve al

árbol saber de que lao viene el viento que lo cachetea si de tuitas layas lo ha de cachetiar lo mesmo?... -Al Arbol, sí; pero al cristiano no; porque siempre es alivio darle el anca ...

-Y quedarse parao, o cambiar de rumbo, dir p'atrás, si más no viene, pa dir a implorar hospitalidá a un tala espinoso o alguna oscura cueva de tigre en las cavernas de la sierra... ¡Lindo alivio!

Sacudió el viejo la cabeza melenuda, y luego dijo con frase serena, reposada y casi solemne:

Te ráiz de mi sabiduría porque como tuitos los charabones, orgullosos de la juerza de sus garrones y en la habelidá del gambeteo, no han sentido entuaviá arderles el buche con las yerbas amargas de la esperancia y porque carculan cobardía las precauciones que toma un viejo ñandú sogeaoj.. Te viá contar una historia ...

-¡Déjeme d'historias!... ¡Tengo una clavada en el tragadero como escama de tararira!...

-Esta que viá narrar, es cuasi seguro que sea como miga de pan mojao que te arranque la tuya y l'arrempuje, librandoté de morir atorao!

El mozo se encogió de hombros y respondió con descreimiento:

-Cuente.

-Voy allá. Siendo ya potranco anduve perdiendo las plumas a juerza de arrastrarle el ala a una chinita retrechera y con más güeltas una palabra y una mirada más dulces que miel de camoatí, y en otras me trataba como a un perro entruso y a veces era pior, porque raia y jaraniaba con tuitos y a mí ni me via ni me oíba ... -¡Lo mesmito que Marcela!

-Con las mujeres cuasi siempre acontece lo mesmo... Pero, sigo viaje. Corrió tiempo, tiempo perdido en partidas, al ñudo, porque cada vez qu'emparejábamos, al gritarle: ¡Vamos!, sofrenaba sentándose sobre los garrones.

-¡Igual l'otra!

-Un mal día se atravesó en la cancha el viudo Pifanio Soria, qu'era rico de nacimiento y zonzo de nacimiento tamién ... La indina me ladió el caballo enseguidita y no tuvo asco en casarse con aquel espantajo, más feo que un pichón de lechuza, más celoso que un turco, y, pa remache, más agarrao que garrapata ..... ¿Parece que t'está interesando el cuento?- interrogó el viejo.

-Bastante. Componga el recao y siga marcha. ¿Usté qu'hizo?

-Preguntá primero lo qu'hizo ella... Un año me tuvo mascando fuego y cuando encomenzaba a borrarse el camino de mi querer, ella, ¡desfachatada!... se dió en buscarme y en convencerme de que una cosa era el caballo de andar y otra cosa el parejero, y que un michinal del alma había conservao un gajo de su cariño y que a juerza de retoñar comenzaba a llenarla tuita ...

De súbito púsose de pié Ramón y mesándose los cabellos gritó;

-Parece qu'está contando mi mesma historia! ...

-Es que las historias de amor-respondió calmosamente el viejo-se parecen como el sauce al mimbre y como el mimbre al aliso . . . -¿Y usté volvió a quererla?...

-Cuasi caigo; pero un bicho güeno, que llaman la riflisión, me habló al óido una noche y me dijo:

-«Tené mucho cuidao: mujer que engaña una vez es como perro que mató una oveja; nunca más pierde el vicio».- Encontré sano el consejo, y al otro día de mañanita ensillé mi reserva, me despedí del patrón y cantando una vidalita me juí pa siempre del pago.

Y después de corto silencio:
-¿No aprendiste nada?

-Mucho,-respondió el mozo;-gracias viejo.

LA NOVIA

Petronila había cumplido diecisiete años. No era linda ni fea: un tipo vulgar de criolla, cuya extrema timidez quitaba atractivos hasta a sus grandes y hermosos ojos negros.

Había sido criada «guacha », como otras seis muchachas que con ella constituían la servidumbre doméstica, por doña Matea, la anciana viuda hombruna, propietaria y administradora de la estancia del Arbolito, en la costa de Gualeguaychú.

Desde muy pequeña fué acostumbrándose a los rigores que imponía la patrona a cuantas de ella dependían.

Al principio, cuando aún no tenía fuerzas para compartir las rudas tareas a que estaban sometidas sus compañeras, su función ordinaria consistía en cebarle mate a doña Matea; y no era, por cierto, una labor liviana. Invierno y verano debía levantarse antes del alba; e invierno y

verano, simplemente vestida con burda camisa de liencillo y un vestido construído con desechos, los pies rara vez calzados con alpargatas y habitualmente descalzos, desde el alba hasta el anochecer, sin más intervalos que los breves del almuerzo y la siesta, se lo pasaba tranqueando,de un lado para otro, detrás de la patrona, inquieta vigilante e insaciable <<matiadora»>.

Y después de cenar, al caer rendida sobre el mísero colchón de chala de maíz forrado en arpillera, aun la retardaba el consuelo del sueño el escozor de los brutales pellizcos que la señora acardenaba sus brazos, porque el mate estaba frío o demasiado caliente, o poco dulce, o dulce en exceso. Esto sin contar las bofetadas y los tirones de las mechas, que en virtud de su frecuencia, ya ni mella le hacían.

Más tarde, llegada a la pubertad, con los músculos endurecidos por incesante gimnasia, le fueron exigidos mayores esfuerzos. Diariamente debía ordeñar sus vacas hasta colmar un balde de leche y

hacer con ella, de inmedito, el queso reglamentario: cada una de las siervas estaban obligada a inaugurar así las tareas del día.

Luego era menester deslomarse lavando, planchando, picando leña, cocinando, cosiendo, sin descanso ocupadas en las más diversas faenas domésticas.

El fardo más pesado gravitaba sobre Petronila, cuya timidez explotaban las compañeras.

Ellas tenían algunas compensaciones, además, en diversiones, bailes y amoríos. Pero Petronila no sabía bailar y ahuyentaba a los galanteadores con su aspecto desabrido y su carácter arisco y asustadizo cual de una gama.

En el medio agreste, donde el amor tiene precocidad de plantas de invernáculo, ella no sabía nada de amores. Su alma estaba lisa como una piedra de afilar: ningún deseo, ningún ensueño, ningún afecto había dejado una huella sobre su pulida superficie.

Ocurrió que un verano, el hijo de la patrona, que estudiaba leyes en Buenos Aires, fué a pasar las vacaciones en compañía de un amigo, Rogelio Aldanes, un muchacho lindo y jovial que desparramaba alegría por todos los poros de su cuerpo. Desde un principio Petronila fué la preferida para sus bromas inocentes, que al principio la hacían huir con el rostro encendido y encolerizado; mas poco a poco el mozo logró convencer su recelosa timidez. El la llamana «mi novia » y ella concluyó por oírlo sin enfado.

-Mi novia, este mate está lindo como tus ojos. -¡Si empieza con las pavadas no le cebo más! respondió ella con fingido enojo.

-¡Mejor!, así no me privo de mirarla mientras acarrea el mate... y se queda prosiando con algún peón en la cocina.

¡Sí, cómo no!-exclamó Petronila enrojecido súbitamente el rostro.

¡Es una broma, mi novia! ... Yo sé que ustéd no quiere a nadie más que a mí.

¡Callesé, quiere!-exclamó con voz de susto Y escapó rápidamente hacia la cocina situada al otro extremo de un patio de veinticinco varas de ancho.

Esa preferencia de Rogelio por la Cenicienta causaba envidia y encono a las otras muchachas; tanto más cuanto que aquél, cada vez que iba al almacén le traía algún regalito: golosinas unas veces, pañuelos de seda otros y hsta vestidos de percal, botines y zapatillas. En un principio se negó a aceptar aquellos presentes, que para ella representaban inapreciable valor. Fué menester que Rogelio recurriera a la autoridad inapelable de misia Matea para obligarla a ceder.

Así continuó durante dos meses aquel juego inocente en que se entretuvo Rogelio para llenar las horcas muertas del estío de las soledades campesinas; pues huelga decir que el mozo no tuvo nunca una inclinación amorosa hacia la paisanita y mucho menos un propósito deshonesto.

En el momento de partir, Rogelio estrechó

afectuosamente la mano de su humilde amiguita y le dijo con su inalterable jovialidad:

-Bueno, mi novia: vaya aprontando la ropa para casarnos cuando yo vuelva en las próximas vacaciones..

¿Lo creyó la ingenua muchacha?... El caso es que ella dedicó un culto al ausente. Guardó con religioso respeto las prendas con que la obsequiara el estudiante y soportó sin una protesta las mofas de las camaradas, quienes la apodaron sangrientamente, «la novia ».

El verano siguiente el hijo de la patrona regresó solo, contando que su amiguito se había casado.

La noticia colmó de satisfacción a las compañeras de Petronila, quienes intensificaron sus befas a «la novia »>.

Esta tuvo suficiente valor para soportar en silencio el derrumbamiento de su ingenuo ensueño... Y a media noche, la servidumbre que despertó sobresaltada, la

encontró, vestida con todas las galas que le regalara Rogelio, revolcándose en el suelo en las convulsiones de una espantosa agonía ...

Al lado del colchón se encontró, sucio, un frasco de estricnina de los que usaban en la estancia para exterminar zorros y otras sabandijas.

« COME-COLA »

Las < < californias», aunque el valor de la apuesta es siempre muy reducido, despiertan por lo general, más interés que las carreras grandes »>, en las cuales luchan los parejeros conocidos y de renombre.

Las «californias» son pollas de potrillos chúcaros. Los interesados se inscriben especificando la edad, pelo y marca del potro; y en fecha señalada, los «revisadores» concurren a las estancias para certificar la exactitud de la anotación, presenciar el «primer galope » y cerciorarse de que el animal «es de campo», que no come maíz`ni ha sido montado nunca.

Con tales condiciones y el corto plazo concedido para la doma y preparación de los potrillos, los pronósticos son muy aventurados. La estampa y el origen son precarios elementos de juicio. El viejo Manzanares tenía ésta, ensre sus

sentencias:

-El potro es como la novia: sólo se sabe lo que valen y lo que dan, dispués de la doma y del casamiento.

La califonia concersada para correrse en «Las Achiras», el domingo 2 de enero, aumentaba en interés con la circunstancia de haber firmado en ella los granaderos cuyas marcas gozaban de mayor renombre en la comarca. Entre ellos, tenían fama especial los productos de la yeguada de don Graciano Morales, quien se presentaba en la ocasión con un moro de linda estampa.

-Moro y perder, no puede ser-decía con orgullo el estanciero.

-Sí, objetó el capataz;-pero domao, cuidao y corrido por Malambio, lleva la media arroba en contra... Ya sabe que a Malambio lo apodan << Come-cola »>, porque nunca ni en nada dentra primero.

-Es un poco pachorriento, pero es güeno.
-Pa rejuntar las sobras.

-¡Y lamber las fuentes como los gatos!- agregó riendo Leonilda, vivaracha morocha, huja del capataz.

Así era, en efecto, Malambio Ojeda. Extremadamente reflexivo y prolijo y deseando llevar las cosas a la perfección, el resultado solía ser el fracaso.

Sin embargo, en aquella circunstancia llevaba numerosas probabilidades de éxito. El moro se había entregado en el primer galope, aprendió de seguida a comer maíz, dormía plácidamente en el galpón mostróse ligero y manso en los «vareos » y dió excelente tiempo en los aprontes.

Las gentes de la Estancia, se rendían a la evidencia, sin compartir, sin embargo, el optimismo del patrón, convencido de que no habría de faltar al final alguna contrariedad imprevista.

La más incrédula era Leonildai quien díjole con mofa cruel:

-¡Lástima de potrillo!... ¡Tan lindo y tener

que comer cola!...

¡Le juego un pañuelo de seda y le doy el campo!-respondió el mozo.

¡Jugado!-replicó ella en el acto.

Llegó el día de la prueba, y el moro de Malambie ganó por más de dos cuerpos el primer «terno», no obstante haberle tocado competir con el favorito.

Por eso al volver al camino para la decisión la lucha entre los tres ganadores de los respectivos «ternos», nadie aceptaba, sino con gran usura, apuestas contra el moro.

Comenzaron las «partidas », que Malambio, prudente, decidido a largar con ventaja, prolongó por largo tiempo. Su caballo, hasta entonces tranquilo, se enardeció extremadamente. Leonilda, que a orilla del camino presenciaba la lucha desde el pescante del breack, batió palmas, y gritó: -¡Come-cola, come-cola!

Malambio púsose tan nervioso como su

moro, y cuando bajaron la bandera, largó atravesado, dando lugar a que los contrarios le sacasen una ventaja que de ningún modo pudo recuperar despuési y una vez más «comió cola » ...

Por la noche hubo gran baile en la pulpería, y el desgraciado mozo decidió corregirse de su exceso de preparación y declararle a Leonilda el amor que de largo tiempo atrás le profesaba. Más de dos horas estuvo preparando las frases con que habría de abordarla. Entró al fin a la sala y díjole:

-Aquí te traigo el pañuelo perdido.

-Tuvo güen gusto-agradeció ella observando la prenda.

-Y espero que me conceda esta polca ... Sonrió la moza y respondióle con hiriente

-¡Comió cola, Malambio! ... Estoy comprometida.

-Vea, es que yo quería proponerle que nos casemos, porque yo la quiero mucho y

dende hace tiempo.

Leonilda lanzó una carcajada y dijo:

-Un mes antes lo hubiera aceptao... Aura tengo novio... ¡Otra güelta comió cola!...

EL PIAL

El pardo Luis, el más prestigioso << entendido >> del pago, había dicho sentenciosamente:

Sólo un milagro de Dios podrá salvarlo al viejo Amancio. Es un maquinisml gastao y resulta al ñudo engrasarlo...

¡Caramba!-exclamó con inconsciente egoismo don Eulalio,-¡y áura que había tanto que hacer!... Había que dir a revisar la invernada del embalsao...

-Por esto no se apure, patrón,-objetó Dionisio;-yo puedo dir.

-Vos tenés mucho que hacer en el puesto; la majada está en parición...

-No importa; mi cuñao Pedro, aunque no tiene más que quince años, es un pioncito prolijo. -Y la chacra...

Aura hay poco que hacer y tata viejo basta

p'atenderla.

-Güeno si te animás...

¡No me vi'animar, patrón!...

Secundino, compañero y amigo de Dionisio, se apartó del grupo y dijo con sorna a los camaradas: ¡En tuavía no ha estirao la pata el viejo Amancio, y éste anda ya por sacarle de abajo 'e l'almohada el puesto 'e capataz!...

Los otros guardaron prudente silencio. No estimaban a Dionisio, tildándolo de excesivamente escrupuloso en el cumplimiento de sus obligaciones y en su respeto al patrón. Su constante comedimiento para cualquier servicio ajeno a sus deberes, calificábanlo de adulonería, para ir ganándole el lado de las casas al patrón y asegurarse la sucesión de don Amancio.

-Este no usa escopeta,-dijo una vez Secundino; pero caza con cimbras y pega-pega.

-Con voz es amigo,-observóle un compañero.

-¡Sí, amigo!... Ese sólo es amigo... de andar con chismes...

Murió el viejo Amancio, y, como estaba previsto, Dionisio lo reemplazó en la capatacía. La peonada recibió de mal talante el encumbramiento de uno que, habiendo sido hasta ayer peón como ellos, entraba a mandarlos.

Y el encono subió de punto cuando el nuevo administrador sin soberbias, sin altanerías, obligaba a todos al estricto cumplimiento de sus obligaciones.

El único a no protestar era Secundino.

-¡Y hace bien,-decía,-en obligarnos a agachar el lomo y ganar en güena ley la pulpa que comemos!... ¿Pa qué servirían los peones si no defendiesen al amo?

El nuevo capataz desconfiaba de las obsequiosidades y la sumisión de Secundino. Reconocía su superioridad y le

temía. Entablóse entre ambos una lucha de astucia, tirando de zorro a zorro quien se come la gallina.

Dionisio disfrutaba de la absoluta confianza del patrón, confianza merecida, pues desde el primer año de su administración los rendimentos crecieron en un cincuenta por ciento. Las vacas y las ovejas procreaban más. La mortalidad de terneros o borregos, decreció. Disminuyeron los robos de hacienda y aumentó la producción de maíz y alfalfa...

¿Casualidad?... Coincidencias climatológicas?... ¿Desviación de la manga cuatrera?... ¡Quién sabe!... Pero el ganadero, atento sólo a los resultados decía pleno de satisfacción:

¡Tuve güena mano!... ¡Con ese muchacho viá levantar cabeza!...

Y empezó, efectivamente por levantar una hipoteca que lo traía desasosegado.

El capataz creció en el concepto del patrón, quien lo honró llevándolo a su

mesa, abriéndole las puertas de su hogar, cosa no frecuente en él, porque casado con una mujer linda, a mitad de edad suya, era en extremo desconfiado y celoso. Acrecentaba su confianza, la antipatía que Eufrasia, su esposa, profesaba al capataz.

-¡Qué buen muchacho!-decía él.

-¡Sí!... ¡Fíate no más de los moscamuertas! -respondía ella.-¡Yo no lo trago!...

Y don Eulalio, espíritu simple, ignorante por completo de la psicología femenina, quedó encantado con la adquisición de un administrador que defendía valientemente sus intereses, que le permitía gozar en su plenitud de su temperamento con plena satisfacción de su ideal reducido a comer mucho, beber mucho, dormir mucho, y no hacer nada; que, por encima de eso, no le inspiraba temores en el orden amoroso del egoísmo conyugal visto que el uno era indiferente y la otra hostil. Los peones, miedosos en conocimiento de la creciente prepotencia de Dionisio, decían: -¡Nos v'a cueriar a todos!...

¡Callate!-defendía Secundino;-¡t'estás persinando delante la sombra'el diablo!

-¿Qué decís vos?-exclamó Pedro Pancho,un pampa petizo y rechoncho.-¡A tuitos nos va maniar este dotor, y a vos, por zonzo, el primero!... -¡No crea, rubio, que tronar es llover!...

-Veremos.

-Así dijo un ciego.

Secundino había advertido las intimidades de Dionisio con la patrona y a su vez Dionisio, sabedor de que el otro conocía su secreto e iba cargando con él el trabuco de la envidia, decidió alejarlo. Una mañana lo llamó aparte y le dijo:

-Como el viejo y mi cuñao no pueden atender sólos el puesto, y yo deseo ayudarte, le propuse al patrón que te hicieras cargo del puesto... Siempre sacarás doble que trabajando de pion... ¿Te conviene?

-Me conviene.

Cuando los peones conocedores de la lucha sorda, pero implacable, mantenida entre Dionisio y Secundino, supieron lo acaecido, manifestaron al último sus condolencias.

-Te ha voltiao, hermano...

¡Quien sabe!... No se debe juzgar el amasijo hasta no sacar el pan del horno.

Transcurrieron unos meses. Secundino combinaba su plan de ataque. Llegó la parición, que fué notable, y el puestero, en presencia del patrón y el capataz, fué señalando con su señal un borrego por cada veinte, que era lo convenido. Había hecho linda ganancia.

Algunos meses más tarde, bien de madrugada, el patrón y el capataz, acompañado de.l comisario, el juez de paz, y dos vecinos, llegaron al rancho del puestero, obligándolo, en compañía de ellos, a echar la majada al corral. Se comprobó allí que en más de quinientos borregos, la señal había sido alterada. cambiando por cortes que se veían

recientes la del establecimiento por la particular de Secundino.

Las protestas las negativas, las indignaciones de éste, fueron inútiles ante el delito comprobado. Aprehendido y sometido a la justicia, Secundino fué condenado a tres años de prisión.

-¡Parece mentira que te jueses a ensuciar asina!-díjole con afectada pena, Dionisio.

Y el otro, seguro de que era él el autor de la celada, respondió colérico:

-¡No te aflijás!... Tres años pasan pronto y cuando salga sabré embarrarte toda la casa!... ¡Yo también sé pialar!

LEYENDA ANDINA

Más allá de Cacheuta, en un recodo que forma el río Mendoza, en mitad del río, las peñas de su lecho dibujan un cuerpo de mujer, toda blanca. tendida con la cabeza hacia las cumbres, los pies a la vertiente. Es el cuerpo de una jovencita, cuyo vientre inflado acusa prematura fecundación. Expresado mi asombro, alguien me dijo:

-És una historia. Y me contó la historia que dice así:

Hace años, muchos años, vivía, cerquita de la ciudad de Mendoza, una pobrísima familia italiana, compuesta del marido, la mujer y una niña. El hombre sembraba hortaliazs, la mujer era lavandera; pero, ya viejos los dos, haraganes los dos, realizaban el mínimum de trabajo posible, lo suficiente para no morir de hambre.

La chicuela, Lina, crecía libre como un cervatillo montañés, robando, por orden de sus padres, hoy un haz de leña, mañana

un cesto de uvas.

Contando la chica trece años, hallábase una tarde afanada en arrancar un rodrigón de la viña vecina, cuando la sorprendió Porfirio, muchacho poco mayor que ella, peón del establecimiento.

Lina se echó a llorar, implorando perdón. Porfirio la consoló, arrancó el rodrigón, se lo dió,y aún le dió unos racimos de uvas, la chica, asustada al principio, rió luego, comenzó a comer las uvas golosamente y después pidió al muchacho que la ayudase a llevar el palo.

Desde entonces se hicieron camaradas.

Lina era pequeña, delgadita, apenas marcados los genos, muy suaves las curvas de su cuerpo, muy blanco el rostro, muy rubio el cabello, muy rojos los labios; ágil, vivaracha, risueña, sin conocimiento de nada y por lo tanto, sin miedo a nada.

Porfirio era un muchacdón macizo, rudo, bueno, inocente.

Se encontraban todas las tardes en el viñedo. Jugaban; él solía besarla, ella lo mordía, rodaban a veces juntos sobre la hierba y los espárragos silvestres; y siempre, sus juegos, sus caricias, sus palabras, eran de una inocencia y de una ternura adorables: dos cachorros juguetones, revolcándose, manoteándose, besuqueándose, ajenos a toda malicia.

Cierta tarde, mientras Lina, escondida entre los pámpanos, picoteaba racimos, esperando a su amiguito, fué sorprendida por un hombrachón petizo, rechoncho, barbudo, semiviejo, que la aprisionó entre sus brazos poderosos.

-¡Ah! ¡vos sos la ladrona!-dijo con tono medio sonriente, medio amenazador.

La chicuela, casi desmayada, imploró perdón haciendo vanos esfuerzos por desasirse de los gruesos brazos que la tenían aprisionada.

El hombre, el dueño del viñedo, comenzó a hablarle con dulzura, echándole las palabras sobre el rostro, lastimando su

rostro con la barba ✰ cerduda.

¡Conque este era el pajarito que me comía las uvas!... ¡Lindo, lindo pajarito; no te asustés, no te voy a matar!..

Lina comprnedió que no la iban a castigar; pero tuvo miedo, un horrible, inexplicable miedo a aquella boca hirsuta que buscaba su boca para hablarle. Aprovechando un descuido del viñatero, se escurrió de sus brazos y se dió a la fuga, perdiendose al punto entre las vides.

Pasó una semana. Lina no iba al viñedo temerosa del hombre grueso, fuerte y barbudo. Cierta tarde, este hombre apareció en la cabaña y se puso a conferenciar con el quintero; después el quintero conferenció con su mujer, muy serios los dos. Lina, creyendo que el patrón había venido a quejarse de ella, lloró, lloró mucho tiempo, esperando el castigo. Pero no la dijeron nada. La vieja lavaba la ropa al viñatero, y todos los lunes iba ella misma a llevar el atado; pero, el lunes siguiente a la visita mencionada, le encomendó a Lina esa

tarea.

Al llegar al caserón, la chica estaba pálida y temblaba. La hicieron entrar en una pieza, luego en otra, hasta encontrarse con el hombre barbudo, quien en compañía de otros hombres groseros, estaba sentado junto a una mesa de pino. Sobre la mesa y en el suelo, había muchas botellas, llenas y vacías. Los hombres parecían estar borrachos. El patrón tomó a Lina de una mano, la atrajo hacia él y la obligó a sentarse sobre sus rodillas diciéndole:

—¡Venga para acá, pajarito ladrón de uvas!..

La obligó a beber una copa de vino, después otra y otra. Lina empezó a reir, a mezclar el sonido cristalino de su risa inocente con el ronco sonido de las carcajadas de los borrachos ...

Estuvo cerca de un mes en cama, entre la vida y la muerte. Pasó una semana de convalecencia. A la semana desapareció de la casa.

Se la buscó en vano y concluyeron por llorarla. muerta.

Sin embargo, unos cinco meses más tarde, el viñatero, que andaba de excursión por la montaña, acompañado de sus amigotes, la encontraron dormida, casi desnuda, al pie de un peñasco. Sus gritos la despertaron. Se puso de pie, dió un brinco y echó a correr desesperadamente.

Los hombres brutales la persiguieron encantados de aquella extraña cacería. Ella corría y saltaba como un gamo, destrozándose los pies desnudos en los guijarros del monte.

La persecución duró media hora. Lina se vió perdida, ya no tenía fuerzas, le era imposible continuar la huída. Se encontraba al borde del río, del ancho río que corría bramando salpicando espumas. Allí se detuvo dando frente a sus perseguidores. Cuando éstos estuvieron a cuatro pasos de ella, ella exclamó furiosa:

-¡Vengan a buscarme al río! ... ¡bandidos! ¡bandidos!

Y resueltamente se lanzó al torrente que la sumergió y la ocultó entre sus velos de espumas.

La leyenda dice que las aguas buenas no arrastraron ni despedazaron a la infeliz criatura. La guardaron allí mismo, la convirtieron en roca, y, cuando el río está bajo, el curioso puede ver, como yo ví, su grácil cuerpo de adolescente, con el vientre inflamado en prematura fecundación, acostado en mitad del río, cuyas aguas la acarician con amor.

LA NAVIDAD EN LA COCINA

La cocina era grande, gruesos los muros de cebato y espesa la techumbre pajiza. Tanto el calor como el frío tenían que forcejar mucho para meterse adentro.

Pero en aquel 24 de diciembre, el aire parecía hecho con polvo de plomo hirviendo, y los peones optaron por cenar en el patio, y aún allí achicharrábalos la canícula.

-¡Me s'está reditiendo el sebo!-quejóse un indiecito ético. Y respondió el capataz:

-Se mi hace qu'el sebo suyo no alcanza pa sobar una manea. Si juese el negro Pedro ...

¿Qué hay con el negro Pedro?-interrogó, fingiendo enojo, el aludido.-¡Siempre lo han de sacar a bailar al negro Pedro! ...

¡Lo qu'es hoy, hermano -terció otro peón,si alguno se saca a bailar se afisea.

-¿Por qué decís?

-Porque se ti ban a redetir las catingas. -Pa mí-opinó el capataz,-qu'el viento sopla de las Uropas y nos escupe el calor de los cañonazos.

A mí no me cabe ni un bocao de comida en la barriga.

-Es que la panza es como cuero fresco que s'encoge con el calor.

Continuaba la guerrilla de sátiras, cuando se presentó en la puerta tía Filomena. En la media luz del crepúsculo, la cara de la vieja se confundía con el ébano lustrado del hollín de las paredes. Desde el patio, los gauchos advirtieron, entre la blancura lechosa de las motas y el color claro de la zaraza del vestido, una bola negra con un largo tajo transversal formado por el nácar de los dientes.

Puestos los brazos en jarra y balanceando la cabeza de hombro a hombro, la vieja negra increpó:

-¡Siga no más la prosa!... ¡A ve si acaban de una ve la merienda y se presienta un comedido p'ayudarme sobar la masa! ...

-¿Tenemo amasijo mañana, tía Filomena?
-Dijuro; carece hacé la torta por Navidá.
-¿Navidá?... ¿Qué bicho es ese?...
¡Güé!... ¿No sané que Navidá'el Señó?
-¿El patrón?

¡Nuestro Señó Jesucristo, animal! ¡Ya se ve que nunca juiste a l'iglesia, hereje!

-Cuente eso, morocha-rogó Pedro; y la vieja, que no deseaba otra cosa, púsose en cuchillas, y empezó:

-Pue... había un carpintero llamao don José que se casó con ña María, pero por podé, porqu'el vivía en otro pago y tenía mucho trabajo apurao y no podía dir pal casorio ... Y aconteció que, poco dispués Tata Dios la mandó a ña María al alcalde San Gabriel ...

-San Gabriel?... No lo conozco. ¿De qué partido?

-Yo no sé. Güeno, dejame seguir. El alcaldele dijo a ña María que Tata Dio la había elegido pa que juese la madre'e Jesucristo, quien, cuando juese grande, debía encabezar una gran regolución pa redotar al gobierno y castigar a los comesarios, polecías y alcaldes qu'estaban vivier.do a costillas del país...

-Pu'ese lao iba bien el alcalde.

-...Pero como nunca falta un chismoso, le jueron con el cuento al gobernador, un tal de apelativo Horrores, quien sobre el pucho mandó tres comesarios pa qu'en seguida que naciera el niño lo degollaran ahi no más ...

-¡Canallas!

-Pero Tata Dió, que tuito lo sabe primero'e nadie, llamó un angelito, le hizo ensillar su mejor parejero y lo fletó pa la casa'e ño José, p'albertirle que debía dir a buscar su mujer, cargarla en ancas y juir de la provincia. Obedeció ño José y dispués de trotiar muchas leguas llegó al escurecer al pueblo de Belén.

-Belén?... Eso es en la banda Oriental; yo estuve.

-Será, yo no sé... Jueron a una fonda, desensillaron y, como no había posada porque habían caído muchos forasteros, tuvieron que hacer noche en la caballeriza. Y ahí no má le vinieron los dolores a misia María, y tuvo que desocuparse sobre un montón de paja

-Asina también nací yo!-interrumpió Pedro. -En seguidita Tata Dió le telegrafió a lo tres reyes mágicos-uno era negro,-y los tres reyes agarraron caballo y marcharon esa mesma noche para dir a ponerse a las órdenes del guri recién nacido. La noche era oscurísima, pero había una estrella grandota que caminaba delante de ellos, señalando el rumbo...

-¡El lucero, a la fija!..

-Sería. Los jefes llegaron y se arregló cospiración, teniendo por jefe a nuestro señó Jesucristo, ricién nacido ... Mañana es el santo'e nuestro señó Jesucristo y carece festejalo...

El negrillo Pedro, que, de todo el largo relaso, sólo había recogido una frase, se puso de pie en medio del grupo y dijo, con cómica arrogancia: ¿Han oído?... Entre los generales de nuestro señor Jesucristo hubo un negro... ¡quiera, rai nada menos!... ¡Y dispués haganlé poco caso a los negros! ...

LOS MUERTOS QUE MATAN

En la aplicación regular de la ley natural, la muerte penetra en la casa, guadaña al padre, a la madre, a un hijo, y se va con su presa. Los sobrevivientes experimentan, primero, el frío intenso del estupor; luego la pena honda, lacerante que deja el recuerdo del desaparecido... Después la vida recobra sus derechos; la sonrisa to na a florecer en los labios y recomienza la normalidad con sus alrernativas de sufrimiento y de gozo, de triunfos y derrotas.

Pero ocurre otras veces, que la parca, después de haber tronchado un gajo, se instala en el hogar mutilado, y se complace en las angustias de aquellos cadáveres que ambulan, que se alimentan, que hablan y que sin disfrutar el reposo inviolable de la sepultura, carecen de lo primordial para hacer soportable el fardo de la vida: un ideal, un objeto, un propósito cualquiera.

Esto último aconteció a los esposos Benavides. La muerte trágica del hijo varón, orgullo de los viejos hacendados, dejó vacío el caserón de la estancia, porque Clota-una muchacda menudita-y tan tímida y callada como Pedro era de fornido, alegre y dicharachero, pasaba inadvertida. Nada más triste que las cenas de aquellos dos ancianos, rigurosamente vestidos de into, ocupando un extremo de la gran mesa, en el amplio comedor casi en tinieblas, pues la vela de sebo exparcía apenas una melancólica luz amarillenta que acentuaba la afligida expresión de los rostros, de contínuo surcados por lágrimas silenciosas. También en silencio, Clota servía los platos, que casi siempre retiraba intactos, pues nunca dejaban de evocar un recuerdo del finado.

Una vez:

-¡Carbonada!... ¡Y el pobre Pedro, qué loco era por la carbonada!-gemía misia Martina, y apartaba el plato con un gesto violento. -Comé un poco...-roga ba don Pedro.

-¡Imposible, se me quedarían los pedazos de carne atranca os en el tragadero!...

-Yo tampoco apetezco-decía él;-y los platos se iban y el silencio tornaba a reinar en la habitación donde la vela de sebo, con el largo pabilo caído como una gran ceja negra, amortiguaba cada vez más su escaso poder lumínico.

Y de esa manera, todos los días, aumentando día a día la densidad de las sombras que hahían invadido aquellas dos almas desesperanzadas, aquellos dos muertos condenados por máxima crueldad del destino, a perdurar sin objeto sobre la tierra. Y la víctima mayor resultaba la pobre Clota, cuya juventud se marchitaba en aquel ambiente de tumba.

Una soledad abrumadora pesaba sobre el caserón. Las plantas del jardín se habían secado, indefensas contra el avance vengativo de las malezas. Los yuyos señoreaban en todas partes, libres como en el abandono de las taperas.

Las visitas habían cesado casi por

completo, pues para nadie era agradable semejante hogar donde se diría que se velaba indefinidamente al muerto.

Hasta los peones evitaban en lo posible trasponer el umbral del portón del gran patio. Sixto, un gauchito ladino y dicharachero, no escapaba a la fúnebre impresión del recinto, e hizo observar un detalle que hasta entonces había pasado inadvertido: la cocinera y la «peona » eran dos viejas negras retintas; bajo el parral, al pie de un carcomido horcón, dormitaba continuamente un viejo perro picazo, que ya sin fuerzas para ladrar gruñía apenas en su simulación de vigilancia; y cerca suyo, inmóvil, hecho un ovilo, ronroneaba un gatazo azabache.

Las viejas, el perro y el gato habitaban la casa desde muchos años atrás, sin que la coincidencia hubiera nunca impresionado a nadie; mas en la especial circunstancia parecían buscado complemento del luto, cuyos crespones ensombrecían la morada.

Sixto sentíase atraído por la belleza y la dulzura de Clota, y con frecuencia buscaba

pretextos para penetrar en «las casas », con propósitos galantes, mas una vez allí, la lúgubre solemnidad reinante ahogaba en su garganta las frases amorosas.

-¡Pucha digo!-exclamaba.-¡Cuando dentro aquí me parece que dentro en una iglesia en días de semana santa! ...

¡Qué quiere! ... La muerte de Pedro... los viejos no pueden consolarse...

-¡Hay que hacerlo, sin embargo!... A las penas, lo mesmo que a los muertos, hay que darles sepultura... El alma, igualito que la sierra, no puede quedar vacida: en la güelta, un nuevo trigal reverdece en reemplazo del otro trigal que cumplió su destino y se murió; y en las personas, cuando un afeto se seca, carece plantar otro pa poder vivir, porque sin afetos, un corazón es como esos ceibos tuitos carcomidos, que tienen tuavía hojas pero no dan flor, que parecen vivos y son dijuntos parados!..

-¡Así es la vida! ...

-¡No! La vida no es así, y si así juese no valdría la pena'e vivirla...-exclamó con violencia. el mozo Y luego, tiernamente emocionado, agregó:

-Usté sabe que yo la quiero, Clota; yo nunca se lo dije, pero usté lo sabe ... como yo estoy convencido que usté me tiene simpatía ...

-¡No hablemos d'eso! ¡El amor entre los yuyos! ...

-¡El amor mata los yuyos y hace nacer claveles y margaritas! ...

Sixto había tomado una mano a la joven, que inclinó la cabeza para ocultar el rubor que enrojecía sus mejillas.

Cuando ella, rendida, iba a aventurar una promesa, encontróse frente a frente con el padre; con el padre sombrío, temible, que exclamó iracundo:

-¿No tenés vergüenza de andar en amorfos cuando tuavía no hace dos años que tu hermano está bajo'e tierra?...

Y luego, dirigiéndose al mozo:

-Vos... andá que te arregle el capataz la cuenta y que no te vuelva a ver en la estancia! ...

CACHORRA DE TIGRE

El rancho de Luis Roldán estaba clavado en el monte del Uruguay, sobre la Laguna Negra, frente a Naranjito.

Alrededor del rancho, rozando los muros, crecían apeñuscados, talas, molles, coronillas, toda gente uñosa, airada, bravía, dispuesta a cerrar el paso a los intrusos. Y la puerta del rancho se abría sobre la barranca. a orillas de la laguna; defensa de carpinchos, permitiendo tirarse al agua y desaparecer de una zambullida, en el caso, siempre posible, de una sorpresa.

Luis Roldán vivía allí, en compañía de su hija Nara, una chinita de 15 años, que hubiera sido adorable si no apareciera temible. Era pequeña, pero morruda y ágil como un gato montés. Su cara redonda, su nariz respingada, sus labios gruesos, sus ojos negrísimos y la profusa cabellera azabache, armonizaban, formando un conjunto encantador.

Empero, al menor ruido nemoroso, la chica se agitaba, temblorosas las desnudas piernas cobrizas, agitando violentamente el pecho; erizábase le la melena, como eréctil piel felina, afinábanse, tendiéndose cual cuerda de arco de flecha indígena, los labios agrisados por la emoción, y sus ojos inquietos tenían todas las cambiantes brilla zones de los ojos del puma...

En esa actitud, miedosa y defensiva, se aquilataba su belleza salvaje; pero al mismo tiempo imponía respeto hasta al amador más osado.

La hija del tigre la llamaban; y sí, haciendo mentir al refrán, no se asemejaba por el pelaje al tipo magro, de rostro embarrujado, que era su padre, evidenciaba la herencia de su carácter cerril, en sus instintos de fiera, avivados por la existencia de fiera montaraz a que la condenara la existencia azarosa del irreductible bandolero.

No era, pues, de extrañar, que la respetaran los gavilanes escasos que la conocían, por más que en el alma de

ninguno de ellos fuese posible la germinación de un sentimiento puro.

Sin embargo, Juan Silvestre y Rufino Díaz la codiciaban; pero, conociéndose, -como camaradas que eran,-se temían mutuamente y se observaban con cautela, imponiéndose recíprocas prudencias ..

Nara, en cambio, no admitía tales vacilaciones prudentes; y una tarde, cuando Luis Roldán cayó a la choza, y tiró al suelo la oveja recién robada, ella lo increpó con sollozos que parecían gruñidos: -Tatita: hace tres días que Juan no viene a verme...

-¿Y con eso?... ¿Querés que vaya y lo enlace y te lo traiga a la cincha?

-¡No, no diga, tatita!-rugió ella, golpeando con el pie, que se cubrió de sangre, el cuello de la oveja muerta... Es que Juan me gusta y se aparta de mí!...

-¿Y d'ai, por qué no viene?...

-Porque Rufino también me pastorea, y

entonces, por culpa de uno, el otro juye... y juyen los dos...

-¡Vaya unos toros!

-¡No juego, tatita!... ¡Yo quiero que usté lo mate a Rufino pa que me venga Juan!... El bandido sonrió y dijo:

-Está güeno, vamo a ver.

-¡No! ¡Yo quiero que sea aura mesmo!... ¡Y si no, aura mesmo me tiro 'e cabeza a la laguna!... Y esto diciendo, corrió hasta el borde del barranco y se quedó mirando a su padre en resuelta actitud de desafío. El debió sentirse orgulloso de tal hija, porque sonrió bondadosamente y dijo: -Gueno. Vamo a preparar el asao y esta noche te trairé la cabeza 'e Rufino.

Nara palmoteó, saltó cantó y en santiamén encendió un gran fuego, mientras su padre desollaba la oveja, y ensartaba un costillar en el asador.

Profunda obscuridad reinaba en el bosque cuando regresó el bandolero y dejó caer a

los pies de la joven que lo esperaba ansiosa, un objeto que ésta adivinó y se apresuró a recoger, temblando de contento.

-¡Pero qué ha hecho, tatita!-gritó compungida. ¡Si Rufino es lampiño y esta cabeza es barbuda!... ¡Ha matao a Juan en vez del otro!...

-Pueda ser, -respondió con pasmosa tranquilidad el bandido.-En medio el monte, a lo oscuro, cualquiera sufre un equívoco... Y después de todo, vos dijistes que los dos te gustaban... Algo consolada, ella replicó:

¡Sí, pero Juan me gustaba más!...

-Güeno, aura no lo puedo componer... Contentate con el que queda... Y tirá esa cabeza al agua, pa que vaya a juntarse con el cuerpo que yo eché en la punta 'e la laguna...

Nara obedeció, diciendo:

--Sin embargo, a mí me gustaba más

Juan…

PRIMITIVO

Primitivo llegó a desconocerse a sí mismo. No cabía duda que le habían cambiado el carácter, ablandándolo, sobándolo a sebo y mordaza.

¿Dónde estaba su orgullo de gaucho y su indómita altivez, que sólo cabían en la anchurosa soledad del campo?

¿Dónde el fiero amor a las grandezas de la tierra, al rojo de las auroras, a las asperezas de las sierras, al misterio de los bosques, al furor de los torrentes?...

Primitivo andaba perdido dentro de su propia alma.

-Habrá que rumbiar,-se decía.-Encontrar la portera o cortar el alambrado.

¿ Rumbear?... Sí; pero no era que fuese demasiado obscura la noche, sinó que él había perdido el don de orientarse. Las sombras no pasaban sobre el campo sino

sobre su cerebro.

De pronto pensó:

-Es porque estoy a pie. En cuanto tenga un caballo entre las piernas y empiece a olfatear la gramilla, despertaré.

No tenía caballo; no tenía apero tampoco; ni poncho, ni lazo, ni daga, ni cinto.

Caballo era fácil conseguir. No faltaría quién le prestase un maneador y en el ejido del pueblo pernoctaban los matungos de las lavanderas; con un matungo y un m neador, facilmente agarraría un buen flete en cualquier estancia vecina. Eso no constituye deli o.

La ley dice que sí; pero ley la hacen los doctores, que son maturrangos y no comprenden que un gaucho sin caballo es lo mismo que un pájaro sin alas.

Pero el recado!... No hay nadie que dé un recado. Pedirlo en préstamo, con la seguridad de no devolverlo, era cometer un robo; y Primitivo que había purgado

con ocho años de cárcel el delito de matar un hombre, se extremecía avergonzado ante la idea de que le tuvieran un par de meses preso por ladrón.

Sin embargo, urgía decidirse. Cuando el arroyo empieza a crecer, hasta los aperiaces agarran trote, campo afuera.

Primitivo razonaba de esta suerte, al concluir la cena de un sórdido fondín del suburbio de la villa. No le ocurría ninguna idea. Era explicable: la habitación pequeña, un brete, -casi sin luz,-una cueva de tigres;-le faltaba espacio y aire.

Pagó su gasto y salió. Púsose a andar y como fuera sin dirección, dirigióse afuera, hacia el campo, que comenszaba allí cerquita. Iba despacio; no tenía prisa: nadie tiene prisa cuando no va a ninguna parte.

Caminó .Caminó mucho, cerca de tres leguas. y ya experimentaba deseos de volverse, cuando en la semi obscuridad de la noche, divisó, a pocos metros un caballo ensillado.

La curiosidad le hizo acercarse. El animal levantó la cabeza y no hizo ademán de huir.

Primitivo tomó la rienda caída y observó.

Un rosillo de buena estampa, gordo, lustroso: «maizero en fija »... Riendas, freno, cabezadas, prestal, estribos, todo de plata: un " herraje de > > ley.

Primitivo tanteó la cabezada trasera, levantando los cojinillos, encontró la manea, la desprendió y se la puso en las manos al rosilo, sin darse cuenta de lo que hacía. Instinto gaucho: un caballo ensillado, y ricamente ensillado, no tiene el derecho de mandarse mudar.

Tampoco era lógico que un buen fete, portador de un rico apero, anduviese paseando solo, después de las nueve de la noche por el ejido del pueblo.

Primitivo se echó a buscar al dueño y no tardó en encontrarlo y en reconocerlo. Estaba allí cerca, tendido en el suelo, boca arriba, inmóvil.

¿Un crimen?... ¿Una rodada?...

Nó. Sencillamente un «peludo». Don Sandalio Linares, un hacen dado viudo, muy rico, muy mujeriego, muy jugador y muy amante al trago.

Cerciorado, Primitivo púsose a meditar y tras poco meditar se decidió: tomaría el caballo ensillado y se iría. Más adelante, así que la suerte le ayudase, y había de ayudarle -delvolvería el apero a su dueño. El flete nó. En todo caso, le regalaría otro mejor. Montó y partió, lleno de gozo y esperanza.

Le pareció renacer. En la madrugada, erguido sobre el lomo de su pingo, trotaba alegre « sintiendo en el rostro el conquilleo de la brisa fresca y tendía la vista satisfecho, inspeccionando las lomas y los cerros semiborrados por el vapor del rocío.

Siempre tenía por delante amplísimo horizonte », siempre la tierra presente le recordaba la tierra vieja, sus cosas gratas insustituíbles, inmejorables. «¿Que manjar

preferible al churrasco revolcado en la ceniza? ¿Qué bebida capaz de competir con el sabroso mate amargo, cebado por uno mismo, en «galleta » propia, en la madrugada, junto al fogón de la cocina o en la tardecita bajo el alero del rancho?..

-Al volver a la querencia volveré a ser lo que era y lo que debo ser- murmuraba el gaucho.

Pero el aire campero, el olor del pasto, la soledad, el silencio, los ranchos dormidos, el amargo que saboreó en uno, el asado que le ofrecieron en otro, la alfombra de gramilla que le sirvió de colchón a la noche siguiente para dormirse contemplando las estrellas arrullado por el suave murmurio de las aguas del arroyo, no lograban despertar su yo.

Continuaba perdido. En la cárcel, al enseñarle a leer. ¿Para qué sirve leer?.. ¿Se ginetea mejor un potro con eso?... ¿Se enlaza mejor un novillo?... ¿Se maneja mejor la daga?...

Por varios días Primitivo anduvo errando

por cuchillas, por llanos, por sierras, cruzando ríos y esteros, siempre en busca de su personalidad extraviada y siempre se encontraba en el extranjero, y nunca encontraba sabor, el grato sabor de antes, a la tierra nativa.

Una tarde llegó a una pulpería y pidió posada. El dueño de casa se mostró receloso, pero después de observar el rico apero del mozo, le abrió la puerta del negocio.

Durante la cena le explicó su desconfianza: andaba por el pago Siete Vidas, -el pardo Siete

Vidas,-bandolero famoso, con una tenía atemorizada la comarca.

-¿Y la policía?-preguntó Primitivo.

-La policía le tiene miedo!... Vea: esta mañana estuvo aquí el comisario con cuatro milicos.. Yo le avisé que Siete Vidas estaba solito en el rancho de la viuda de Pérez, en la rinconada del Aperiá, a media legua de aquí, enderezando para el norte...

-¿Y qué hizo el comisario?-preguntó con interés el forastero.

-¡Qué había de hacer!... Se empinó el vaso de ginebra, mandó montar a caballo y enderezó para el sur... ¡Si le tienen un miedo bárbaro a Siete Vidas!...

Primitivo quedó pensativo. Al rato preguntó: -¿Seguro que ustedes tendrían un alegrón si alguien lo matase a Siete Vidas.?...

-Si tendríamos un alegrón!... Es el azote del pago!...

El gauchito, mirand ofijamente al dueño de casa, dijo:

-Yo me comprometo a matarlo. Si no me mata, lo mato... Pero no tengo armas... Las perdi en una jugada... ¿Me puede prestar una pistola y un facón?...

El pulpero lo miró con asombro y cierta desconfianza. Primitivo comprendió y explicó:

-Escuche. Le extraña el envite y 'desconfía

un «pastel ». No tenga miedo... Deme una pistola y una daga y un apero de peón: le dejo mi herraje en garantía!... Si le gusta, ni baraje más y deme pa cortar...

El dueño de casa no supo qué responder; pero era gaucho también; no sabía, pero adivinaba, presentía.

-Un momento, -dijo; y al rato volvió con una pistola y una daga.

-Tome, agregó.-Estas son mis armas. El facón es de buen temple y está afilado hasta donde lo limó el herrero... La pistola no erra fuego y es más celosa que viuda rica...

Luego con un gesto orgulloso:

-Yo también podría matarlo, pero soy rico y si lo mato... ¿comprende?...

-Comprendo-respondió Primitivo tomando lasarmas.

-Tome esto también, -dijo el comerciante, entregándole una llave.

-Para?

-Siguiendo para abajo del rancho de la viuda, sobre la costa, hay una portera de un potrerito mío donde tengo una tropilla elegida... Le recomiendo un picazo con estrella blanca en la frente... Nadie ha podido cansarlo todavía...

Los dos hombres se estrecharon la mano. Primitivo volvió a ensillar y partió rumbo al rancho de la viuda de Pérez, en busca de Siete Vidas.

Iba a matarlo o a ser muerto. No había otro remedio. En el camino exclamó en voz alta:

-Estoy encandilado. Necesito matar a alguno para desencandilarme... Más vale que sea un pícaro... Después... Dios y el « picazo» del pulpero decidirán de mi suerte!...

PEDRO JUAN

Su estatura sobrepasaba a la mediana, y era sano y robusto como un ñandubay.

Con su nariz aguileña, sus labios bien dibujados, su blanca y potente dentadura, su mentón enérgico, sus grandes ojos negros y su amplia frente, resultaba un buen mozo, no obstante lo atezado de la piel y el cráneo algo deforme por el sensible achatamiento del occipucio.

Bajo su estudiada humildad descubríase fácilmente una recia energía, una invencible voluntad de triunfar.

Su mirada y su voz eran habitualmente tiernas, acariciadoras; pero la primera solía tener intensos fulgores rugaces, y la segunda, rápidas entonaciones imperativas.

Durante varios años recorrió periódicamente la comarca, encorvado bajo el peso del cajón de baratijas,

apoyado en grueso garrote de tala, que al mismo tiempo le servía de defensa contra los perros, sus implacables enemigos.

Indiferente a las lluvias heladas de los inviernos y a las lluvias de fuego de los veranos, cruzaba los campos sin amilanarse jamás.

En las estancias, el gauchaje lo hacía vístima de sus burlas más crueles y le aplicaban los calificativos más hirientes, y él permanecía impasible, con su eterna sonrisa sombreada por el fino bigote de ébano.

Y si alguna vez-caso poco frecuente-le negaban asilo en una noche negra, fría y lluviosa, recogía su carga de acémila, y, despidiéndose con afabilidad rayana en servilismo, largábase resignadamente al campo para chapotear al lodo del camino con sus gruesas botas inacabables.

Ello, sin embargo, no le impedía volver otra vez a la misma cada inhospitalaria y ofrecer su mercadería, afable, sonriente, sin asomo de rencor.

-Yo he visto muchos perros ruines-afirmó Natalio; pero como el turco Pedro Juan, nunguno.

-Desconfiale a esos perros demasiado mansos-respondió tío Zoilo.

Poco tiempo después se produjo una novedad en el partido: Pedro Juan había abandonado su cajón y su garrote, substituyendo al primero por un carromato, y el segundo por un revólver visiblemente asentado a la cintura.

Con la innovación, sus transacciones comerciales adquirieron mucha mayor importancia. Ya no se concretaba a vender sus géneros, medias, pañuelos y baratijas. Ahora trocaba sus mercaderías por frutos del país: cueros, cerdas, plumas, etc.

Los criollos empezaron a considerarlo con algún respeto; y cuando, al correr de pocos años, se radicó en la comarca con bien surtida casa de comercio, la mayoría de sus antiguos clientes dejó de llamarle «el turco Pedro Juan ». Era entonces «Don Pedro Juan »

La pequeña fracción de campo en que habíaedificado su << pulpería» se agrandaba año tras año con la magia de los préstamos hipotecarios. Natalio, que había sido una de sus vistimas, lamentábase amargamente diciendo:

-¡Quién había 'e decir qu'el ambulante nos iba a dir comiendo a todos! ...

-Yo te lo albertí una vez-respondió el tío Zoilo: «Desconfiale a los perros demasiado mansos: cuando muerden se van hasta los caracuces. >>

Llegó el momento en que todos lo reverenciaran y en que casi todos lo odiasen, estando en primer término los hermanos Juan y Lucas Benítez.

Al astuto turco había logrado cautivar a la madres de éstos, una viuda rica y todavía joven, con la cual contrajo matrimonio, a fin de consumar el despojo iniciado años atrás.

Cierto día, Juan, el mayor de los hermanos, quien apenas contaba quince

años, llamó aparte a su padrasto y le habló así;

-Es necesario que las cosas cambeen. Usted va en camino de tragarse la fortuna de mamá, dejándonos en la calle.

-Jortuna mía-respondió Pedro.

-¡Ganada como todo lo demás que tiene: con embrollos! ...

El turco se contuvo, abrió un armario y, extrayendo de su interior el viejo cajón de sus antiguas, penosas correrías, replicó:

-Con esta hizo yo fortuna ... Ti doy cajón, ti doy mercaderías, si quieres ir trabaja.

-¡Yo no soy turco!-contestó indignado el mozo.

¡Ah!... ¿Estás orgullosa?... ¡Para estar orgullosa, precisa estar rico! ...

Y tornó a guardar su preciosa reliquia, castigando al joven con una mirada de profundo desprecio.

DE TARAGÜI

En la pesada tarde tormentosa un silencio angustioso gravitaba sobre aquella despoblada vía del suburbio. Las rojizas arenas del pavimento, las plantas espinosas de las cercas y hasta los árboles que las bordean coronándolas, parecían expresar inquietud, expectativa.

Regresando del río, tras largas horas de infructuosa pesca, Justo no pudo resistir el deseo de pasar frente a la casa de Numà, con la esperanza de verla, y de sentir, una vez más, removida la llaga de su amor, desdeñado por las frases agrias y despreciativas de la coqueta.

Junto a la puerta del cerco florido, en la sombra que proyectaba un cambanamby centenario, hallábase Numa, bella como siempre; bella y glacial semejante a las vírgenes talladas en cobre de lapacho por los artistas místicos del imperio misionero.

Deteniéndose bruscamente ante ella, hizo

un esfuerzo para sacar de adentro una frase de elocuencia decisiva y atinó a decir:

-¡Roipotá!...

Era tal vez la milésima vez que le decía: ¡Roipotá! -(te quiero!)-esperando que algún día ella llegase a comprenderlo. Perro ella, esta vez, como otras muchas, como siempre, respondió sin mirarlo, fría, desdeñosamente:

-No te creo-(Ndo rogüerobai).
El insistió calidamente:

-Ch roipotá!... Hacé por hacer de creerme¡... Cuando yo te hablo a vos es como si le hablase a Dios... ¡Ndo es che aña!-(Tú eres mi Dios). -Ndo ro gürrobai), ya dije.

Y luego con gesto de soberbio desdén, agregó tajantemente:

-¡Y tampoco yo no te quiero querer!...

Convertido, por el encono, en cobre luciente el rostro agregócon voz gutural,

áspera, mordiente: -Nda ipota!...

(¡No quiero)!

El mozo sintió hervirle la sangre guaranítica opulenta en altiveces; pero se contuvo, bajó la cabeza y se alejó a paso lento, sin rumbo, por el medio de la calle removiendo la fina arena rojiza con sus pies descalzos y ensombrecida la faz bronceada con las sombras que proyectaban los severos timbós y los cambanamby copudos que bordeaban las cercas...

La noche se había acostado con serenidad opresiva. Hora después roncó en lo lejano un trueno y vínose encima, galopando frenético desde lo ignoto chaqueño, un viento rudo que pasó sobre el río castigando las aguas con sus crines brutales.

Y así, como el ladrido de un can, en media noche, responden quebrando el silencio del poblado dormido, las voces de cien canes, así, al bramar el primer jaguaraté celeste concitando borrascas, estruendó el

firmamento en ronco vocear de truenos.

Al llegar a la costa, el huracán desbordaba y sus lenguas dañinas y se iban sobre las arboledas semisalvajes del campo heróico, buscando las techumbres de palma de los ranchos miserables para zamarrearlos en ansias de exterminio.

Con la lluvia copiosa, pronto se hicieron riachos espumosos los zanjones que costean el norte del suburbio correntino..

Sin embargo, Justo, continuaba vagando, sin rumbo y sin objeto como un autómata, y sin quererlo, volvió a encontrarse al cabo de un tiempo corto, frente a la casa de Numa.

Se recostó al cerco espinoso y con la vista fija en la pequeña ventana que brillaba como un pupila roja en lo plomizo de la noche, cantó maquinalmente:

Hiante ché iberamí
Ha ayueguíende popitepe,
Ha penderebá iquépe
Ro habiyú mbegüemi!...

(Quisiera ser palomita, para posarme en el hueco de tu mano y acariciar tus mejillas con las puntas de mis alas).

Bruscamente se abrió la puerta del rancho y Numa, vestida de blanco, avanzó hacia el cerco y llegada a la verja, exclamó con ira:

¿Nunca no vas a concluir de estarme persiguiendo ?... Puedes ir más lejos, dejame tranquila... Nunca yo no tendré cariño para tí... Salite de una vez de delante mío!

El se extremeció violentamente, y tras un instante de irresolución, dijo con grave y doloroso acento:

-¡Eres dura como lomo de yacaré y amarga como caataí!... Pero no importa... ¡Añé mguasí mrorirá a havó nde roperare!...

(Aunque te opongas yo me iré desdoblando siempre, mientras viva, como una alfombra, para que tú me pises...)

Algo contestó turbada la criolla. Un trueno

retumbó ronco sobre el río; y Justo echó a andar por medio de la calle barriosa, abatida la cabeza por la lluvia, por el viento y por la pena.

AGUA DE CACHIMBA

Ponciano Sequeira era uno de los tipos más extravagantes de la creación.

En el campo, los días de amasijo, la peonada encargada de sobar la masa acostumbraba darles un trozo de ésta a los chicos que están impertinando.

Estos con su instinto imitativo la extienden sobre las piernitas desnudas la dejan caer al suelo la revuelcan y al fin sale de allí una cosa informe y negra que es necesario echar al horno para evitar la grita de los pergenios.

Resulta luego un trozo inmundo sucio, deforme, quemado en partes, crudo en otras, verguenza de los dorados panes, sus legítimos hermanos sin embargo.

Pues Ponciano era eso.

Petizo, barrigudo, cambueta, redonda la cara, roma la nariz, rala la barba, cerdudo

el pelo, era un verdadero monigote. Todo en él era inarmónico. La cabeza era pequeña con relación a la grosura del cuello. Las orejas chiquitas en las lindes de una caracha enorme, tenían la ridiculez de las exiguas rémiges de un pichón de pato que está emplumando. El tronco grueso y largo, descansaba sobre unas piernas cortas, torcidas y finas, terminadas por unos pies grandotes, anchos, gruesos y buscándose por las puntas como en el clásico ademán de los Augustos de circo. Breve: era un individuo que parecía ser hecho con sobras, como un ragout de fonda.

-Es medio mestizo entre zapo y tortuga, misturao con carpincho-explicó un psicologo local. Y otro completó:

-Cuando lo hicieron, el padre estaba borracho y la madre pasaba revista a la tropa'e los aparceros ...

Alguien tenido por perspicaz dijo:

-El padre era un hombre diablo, la madre una china bonita y ladina... Ponciano se

parece a un nido de águila, hecho con palitos de muchos árboles, con lana de muchas ovejas con cerda de muchas yeguas, con plumas de muchos pájaros.

Ponciano oía con indiferencia las críticas malevolentes... Sus ojos grandes, muy bellos, de mirada suave e inteligente, parecían expresar compasión por las almas torpes, pequeñas ojacas, incapaces de comprender lo que había de bueno y de noble en la suya. No se rebelaba nunca ante la injusticia. ¿Para qué?...

-El caballo atao al palo, si se siente con fuerzas, se sienta pa reventar el cabresto y juir; si no debe quedarse quieto y no andar dando güeltas al ñudo alrededor del palo... Es zonzo chambarle los perros a un toro pa tener que disparar dispués ..

Era un indiferente, un insensible. Un indiferente, un insensible cuya alma rebosaba sentimientos, pero que tenía el poder y la altivez de ocultarlos. Era así que nadie había advertido el ardiente amor que le profesaba a Joaquina. Nadie, exceptuando a ella, que lo había adivinado

merced a la innata perspicacia femenina, y que, también con innata crueldad femenina, respondía con desdenes, con pifias, con ofensas de toda índole, a las desinteresadas benevolencias del pobre mozo.

Al principio, desde el tiempo en que empezó a usar pollera larga, Joaquinita tuvo muchos galanes, porque era una chinita linda, agraciada, nada arisca, sin repugnancias al manoseo y a las palabras gruesas.

Uno, entre muchos, obtuvo sus favores. Naturalmente, el menos enamorado, el menos digno, pero el más audaz.

La abandonó después, y como seguía siempre joven y linda, continuó coqueteando y cayó en las redes de otro cazador de corazones atolondrados. Un buen día, el galán desapareció como el primero, dejando una nueva herida en su vanidad.

Otros siguieron. Y la coqueta, frecuentemente burlada, fué

descendiendo, ora por despecho, ora por vicio ingénito, hasta convertirse en una mujerzuela despreciable.

Y Ponciano siguió amándola siempre siempre, en silencio, sin jamás aventurar un ruego. En tanto los años iban haciendo sus labor destructora sobre la belleza de la criolla, aflojando sus carnes, marchitando los colores, quitando gracia a los movimietos ágiles, armoniosos, provocativos... Y así, cuando se vió abandonada del último galán, cedió al fin su soberbia; y en la umbría del bosque, en el silencio de la tarde campesina, encerrada fcomo en un nicho de ramazones en el exiguo playo del lavadero, experimentó por primera vez la pena del viaje sin retorno, la pena del árbol que agostado, consumiendo sus restos de savia, ve caer, en la palidez otoñal, las hojas de la postrera frondación, las hojas que se van, dejando en la axila de la rama el frío de la viudez eterna.

Por vez primera, lloró lágrimas sinceras, la criolla coqueta; y sus lágrimas caían sobre el espejo de agua del arroyo, con la pueril

intención de enturbiarlas, borrando la imagen del rostro irremisiblemente profanado por los dedos del tiempo.

En esa circunstancia la sorprendió Ponciano, que estaba bien al tanto de su miseria. Venciendo su timidez, se acercó y le dijo afectuosamente: -No llore, Joaquina... Pa todo hay remedio en el mundo ...

Ella intentó un gesto de soberbia, pero fué vano el esfuerzo y hasta ante el despreciado contrahecho tuvo que dejar visible su derrota física y moral.

-¡No hay más! ¡No hay más! ...

-Siempre hay algo pal que sabe conformarse -¡Pa mí no, nadie me puede querer ya! Y en un arranque de sinceridad, exclamó irguiéndose:

-¡No ve que ya estoy vieja y fiera! ... ¡Vieja, fiera y despreciada por mi conducta! ... ¡M'he pasao la vida rejuntando cariños y al fin me encuentro como el loco que quería juntar agua en un

canasto!... Y sin embargo yo me siento arder por dentro, hechas fuego las entrañas, rebosando deseos de querer y que me quieran.

Lentamente, solemnemente, con una Voz y con un gesto que adquirían majestad en la penumbra del bosque ensombrecido por la tarde expirante, Ponciano respondió:

-Tuavía hay quien la quiera y quien se crea capaz de conseguir su cariño. -¿Quién, usted?

-Yo...

-¡Pobrecito!... Las sobras de mis cariñosreplicó ella sinceramente enternecida.-¡No, no puede ser! ¡Mi alma y mi cuerpo están demasiado sucios! ...

El se aproximó y tomándole una mano afirmó con singular energía:

-Las cachimbas tienen un fondo formao con barro y con emundicias, y tiene agua más blanca y más pura que los arroyos projundos y correntosos. La cuestión es no

revolver el fondo ...

DEL BAUL DEL PARDO ALFREDO

-Será una cosa fiera, no digo que no, pero es ansina y no hay güeltas que darle: el jedor del pobre asquea mas qu'el de osamentale perro puesta al sol. En cuantísimo encomienza a dir p'abajo, los primeritos en ladiarle el caballo son los amigos, porque, dejuramente, como están más cerca, son los más espuestos al pechazo...

Así empezó su relato el pardo Alfredo, conocido en la comarca con el apodo de «el hombre de los dos baúles ».

Casi la mitad de la covacha donde vivía el viejo peón, la ocupaba un grandísimo baúl desvencijado, a donde iba a parar cuanto objeto inútil, inservible, encontrábase por los suelos; «guascas » que no tenían aplicación alguna; argollas rotas, pasadores aplastados; clavos torcidos, tornillos quebrados, jarros sin fondo,

trozos de alambre, cajas de fósforos vacías y aplastadas, retazos de género y otras muchas futilidades, parecidas, que constituían todos los ahorros del pardo realizados en el largo recorrido de sus setenta años de existencia.

Ese era el baúl número 1. El otro lo constituía su memoria, donde estaban igualmente almacenados fragmentos de recuerdos, trozos de historias, pedazos de nombres, fracciones de fechas, todo en revuelta confusión de bric-a-brac

Para satisfacer su necesidad senil de << tallar » sin alternativas en las somnolientas tertulias del fogón, su imaginación, -que era como un glorioso <«< parejero » anulado por los años, -esforzábase en suplir con artimañas la agilidad perdida.

Y así, a falta de asunto original y nuevo, armaba un relato novedoso, zurciendo trozos anecdóticos sacados del baúl de su memoria.

Empero, como conservaba aún la verba fácil, pintoresca y amena, la peonada le

escuchaba casi siempre con atención y simpatía.

Sus relatos giraban alrededor de un tema único: la amarga decepción de aquellos que caen en la pobreza después de haber tenido fortuna. Y como él fué siembre un miserable, sin diferencia sensible entre un día y otro día de su vivir penoso, no faltó quien le observara una vez:

-Pa quejarse de ser cuatro, carece haber sido cinco en alguna ocasión; pero usté, que siempre jué mesmo que argolla, igual de cualesquier lao que la miren, no acierto por qué castiga sobre la marca. ¿Usté jué rico alguna vez?

Y el pardo replicó airado:

-¡Sí!... Plata nunca tuve, pero no sólo la plata es riqueza. Juí rico cuando era joven y juerte, y entonces me miraban los que tenían necesidá de mi lazo p'agarrar un novillo, o de mi facón pa defenderlos en un mal trance... Dispués, cuando se m'incharon las tabas y se me ñublaron los ojos, encomensé a ser pobre y a ser tratao

como caballo viejo qu'está desiando se muera pa utilizar el cuero y aurrar el poco pasto que come!...

-El caso'e don Salustiano Magallanes, el dueño 'e la estancia'e las Palma, que tuitos ustedes han de haber conocido, aunque más no sea de mentas... -Cuentan que era ricazo.

-Y que había que cansar tres caballos pa cruzar de lao a lao sus campos.

-Eso. Pero asina como no hay palo, por duro que sea, que no le dentre la polilla, ni chiquilín contra el rayo, nu'hay fortuna que pueda verse libre de que las hormigas de la albersidá le aujereen los cimientos y las hagan volcarse como carreta en ladera pedregrosa.

-A esa carte le apunto.

-Y podés jugarla en fija y darla « en tres» y hasta en « cachucha » sin miedo 'e perder la plata... -Güeno. El caso es que a don Salustiano se l'encomenzó a boliar la suerte de golpe y llegó un momento en

qu'el hombre se halló más apretao que un queso ricién amasao. No se abatió. Tenía un rodeo de amigos, a los cuales había servido generosamente y confiaba en que habían de pagarle, si no el capital, los réditos.

-Yle contestaron: no hay plata y venga luego?.. -Van a ver. Enderezó primero a su compadre Sinforoso Lamarca, a quien le había prestao, diez años en antes, cincuenta mil patacones pa levantar l'hipoteca'el campo. ¿Y saben lo que le respondió?

-Qué no hay plata y...

-Pior qu'eso. Le dijo d'esta laya: Mire, compadre, yo tengo muchos hijos y muchos compromises y aunque desearía servir.o, no m'es posible...

-¡Pero su deuda, compadre, hay que pagarla!... -dijo él; y el otro dijo:-«¿Y por qué la vi'a pasi ya'está prescrita?...

Asina siguió abriendo las tranqueras de la amistá y en tuitas partes le chumbaron los

perros de la ingratitú.

Por último don Salustiano se decidió a ir a ver a su compadre José Pardiñas. Este era un muchacho que Magallanes tuvo de sirviente en su casa y a quien educó y le dió capital para establecerse con un comercio en el Chubut. Allí ganó plata a patadas y dispués compró campo lindando con don Salustiano. Este tenía un hijo solo, Pedro; y Pardiñas una hija, Lola. Los muchachos se quisieron y se concertó el casorio.

- Pus güeno. En el caso que digo, don Salustiano jué a verlo a su compadre y le habló ansina:

-M'encuentro en este barrial y vengo a que me dé una cuarta. Al fin y al cabo tuito quedará en familia, pues que los cachorros al acollararse, enrabarán mi fortuna y la suya.

Don José, que ya tenía conocimiento de que su compadre estaba casi fundido, le contestó d'esta suerte:

-Lamento mucho, mi amigo, no poderlo servir... pero yo también estoy apretao... Y... me da pena decírselo... pero... el caso que Lolita me manifestó qu'ella ya no lo quería a Pedro, que tenía otro novio... y usté compriende que yo no puedo obligarla...

Tosió el viejo, pitó y dió remate a su relato di• ciendo:

-Tuito cuanto hizo don Salustiano jué al ñudo.

En antes que llegar a una casa ya lo iba denunciando el jedor a pobre y siempre encontraba las puertas cerradas... Se jué barranca abajo... Se remataron los campos y cuasi tuitos los alquirió por meno de nada su compadre Pardiñas...

« Cuando yo digo...

« TABA DE CHANCHO »

En una mañana del mes de Julio, muy temprano, el muchacho dependiente que, todavía con una buena dosis de sueño dentro del cuerpo, abría la ventana de la reja del despacho, quedó sorprendido viendo un hombre que, envuelto en un poncho rotoso, parecía dormir sobre un banco de la glorieta.

¿Dormido o muerto?

En aquel pago, de topografía propicia para el matreraje, menguado en comunicaciones y en policías, << hacer un difunto» y dejarlo tirado para que le diese sepultura algún vecino piadoso, o le desnudaran de carnes los caranchos, era episodio común.

-¡Eh, don, eh, don!...gritó varias veces; y el bulto continuaba inmóvil y silencioso.

Cada vez más alarmado, el chico, sin atreverse a abrir la puerta exterior del

negocio, fué a despertar al patrón para enterarlo del caso insólito.

A los gritos violentos del almacenero, el bulto empezó a moverse. Se enderezó sobre el banco y a poco, de entre los pliegues del poncho apareció una cabeza original, redonda como un mate y poblada de lujuriosa cabellera enredada como crin de yegua. El rostro menudo terminado en un agudo mentón, tenía un aspecto de humildad, de miseria, de burla, y de astucia a la vez.

El pulpero lo reconoció en seguida:

-¡Hola, Taba!... ¡Hacía tiempo que no pegabas la vuelta al pago!... ¿Por dónde anduviste?.... -Por el mundo-respondió con una mueca 'desdeñosa el forastero.-A mí no me importan nada los nombres de los parajes...

-¡Siempre el mismo, Taba!.

-Dejuro... ¡Qué se gana con cambiar!... Anoche cái tarde pu'acá. Hacía frío, garuaba; dentré a la glorieta y le dí gusto

al ojo... ¿Convida con un copetín?

-¡Con gusto, Taba, con gusto!... Al menos vos no incomodás mucho tiempo... ¿Y ahora para dónde vas?

-¡Pu'ay!... Yo no soy fierrocarril que siempre tiene que dir pu'el mesmo sitio y a las mesmas horas.

Angel Pérez era un filósofo rural. Pequeño, enclen que, su físico no resistía a ninguna de las rudas tareas campesinas; y, además, según él decía, lo amamantaron con leche de una yegua cansada, y de ahí que en sus venas, en lugar de sangre, corriera pereza derretida.

Por espíritu andariego, -o quizá más bien por cálculo inteligente,-nunca se estacionaba en ninguna parte, por más buen tratamiento que le hiciesen; pues aparte de que ocupaba poco espacio, sus agudezas divertían y su ingeniosidad prestaba con frecuencia pequeños importantes servicios. Aludiendo a su instinto errabundo, alguien dijo de él:

-Angel Pérez es como la taba del chancho, que rueda y nunca se clava.

De ahí le nació el apodo de «Taba de chancho » que, a la larga, hizo olvidar su verdadero nombre.

Sin familia, sin amistades, sin preferencia afectivas por nadie ni por nada, sobrio-estoico más que sombrío-en todas partes se encontraba bien. Nunca mendigó cosa alguna, y, sin embargo, ni se acostó nunca con la barriga vacía, ni le faltó albergue, cuando no prefirió pernoctar a la intemperie, sin ropas con qué vestirse ni unos reales para « < los vicios ».

Después de almorzar en la pulpería, partió sin decir nada a nadie, sin despedirse de nadie y sin rumbo ni destino, en conformidad con sus hábitos inveterados.

Al atardecer llegó a la estancia de Soria; llegó como uno de la casa; se apeó, los perros, reconociéndole no ladraron, y no viendo ninguna persona, desencilló pausadamente su yegüita mora, y con la misma calma e idéntica confianza, la llevó

de tiro para largarla en el potrerito del piquete.

Al regreso se encontró con un hombre joven que vestía cazadora, jockey y polainas de cuero amarillo, que luego de observarlo unos minutos, exclamó alborozado:

-Te conocí en seguida, y eso que desde hace lo menos diez años no te veía; pero tú no cambias nunca.

-¿Pa qué vi'a cambiar?

-¿Me conocés?

-Qué pregunta!... Don Ruperto, el patroncito... Los cientos de güevos de perdiz y de tero que le he trujido¡... ¿Y su tata?...

-Murió hace cuatro años.

-Lo siento-respondió Taba con la mayor tranquilidad;-era una guena persona, sin despreciar a naides.

Bajo la administración de Ruperto,

ingeniero agrónomo educado en Australia, la antigua estancia gaucha de sus antecesores había cambiado radicalmente. Con el imperio de la mecánica y la actividad reglamentada, desaparecieron las tumbres camperas, las interminables tertulias de fogón, las visitas sin término, los agregados...

Sin embargo Taba fué aceptado en la nueva organización al mismo título que lo fué en la antigua En seguida se hizo amigo del hijo de Ruperto, como lo había sido de éste: contándole cuentos, llevándolo a pasear por el campo, obsequiándolo hoy con huevos de pájaros, mañana con un charabón o un cachorrito.

Nunca en los largos años de vida errante, se había encontrado tan bien, y los peones decían.: -V'haber que cambiarle el apodo a Taba, porque d'esta hecha ya paró de rodar

Empero, una mañana muy temprano, ensilló su yegüita, puso debajo de los cojinillos la maleta con sus cuatro pilchas y se dispuso a partir, en silencio, sin

explicaciones, sin despedidas inútiles. -¿Estás de viaje, Taba?-interrogó Ruperto. -Estoy.

-¿Para dónde vas?

-Pa cualquier lao... Ya dije que tuitos los laos son iguales.

El patrón no insistió, hubiera sido inútil.

«Taba de Chancho» debía cumplir su destino; seguir rodando, hasta que la muerte lo inmovilizara para siempre, en alguna zanja del camino...

ASI OBRAN LOS AMIGOS

Aunque no eran mucho más de las cinco, ya empezaba a obscurecer, al tiempo que Nicanor Veracierto llegaba a la estancia, de vuelta de una recorrida del potrero de los Caraguatás, allá en el fondo del campo, en el rincón formado por los Sarandíes, Grande y Chico.

Luego de desensillar y largar el caballo, se apresuró a ganar la cocina, buscando el calor de las brasas y del amargo. Hacía un frío de mil demonios, y el cielo se preparaba para tender sobre el campo el poncho blanco de la helada.

¿Recorristes los Caraguatás?-preguntó el vie jo capatáz, don Demetrio.

-Recorrí-respondió el mozo, cogiendo con avidez el mate que le ofrecía Dionisio. ¿No hay novedad?

-Ninguna. L'hacienda está en güen estao... ¿much'agua en el estero?

-Regular: el barro encomienza a ponerse pegajoso.

Devolvió el mate que había bebido de parado, y mientras arrimaba al fogón un trozo de ceibo para sentarse, anunció:

-La vaquillona yaguaré, marca flecha, está parida.

-¿Ah, sí?-exclamó el capataz.—Pues habrá que tráirla pa descalostrarla... Hace días que Petronila me anda jeringando pa que la traiga algunas tamberas... Hoy tuvo que soltar la pampa vieja y la bragada corneta.

Y hay que soltar también la mestiza osca; que tiene el ternero muy flaco-indicó Sandalio. -Dejuro que sí... Mirá a Nicanor: andá tráila mañana mesmo.

Malhumorado con las perspectiva de un nuevo viaje al bañado, en una madrugada que prometía ser cruel, el peón respondió:

¡Yo solo no puedo!... Ya sabe qu'el rodeo del fondo es tuito ganao chúcaro, y qu'el campo es fiero.

-¡Los gáuchos de áura!-esxclamó burlonamente el viejo-carecen compaña pa apartar y arriar una vaquillona del grandor de un perro!...

-Sí-replicó Nicanor, algo picado-los gauchos de áura ya no sabemos ni montar a caballo.

-Lo qu'es vos, sabés montar; sobre todo, si es picazo el caballo...

Y como el mozo se había levantado y había salido, don Demetrio dijo dirigiéndose a Dionisio: -Parece que vos y Nicanor sólo saben tirar en yunta.

Nicanor y Dionisio, mozos más o menos de la misma edad, eran camaradas inseparables y estaban unidos por un cariño verdaderamente fraternal.

Las prendas del apero y hasta las mismas prendas de vestir, no tenían propiedad entre ellos, Con frecuencia Dionisio salía con un coginillo y un sombrero de Nicanor, y éste salía con el freno y el poncho de aquél.

Y siempre contentos, y siempre alegres, ayudándose mutuamente, despreciando las fatigas y las contrariedades.

Por eso Nicanor se extrañó de ver a su amigo bastante preocupado esa mañana, y lo interrogó: -¿Qué tienes?

Dionisio se apresuró a decir:

Estoy disgustao, hermano. Será una bobada..... yo estoy seguro qu'es una pavada, pero me fastidia como si me hubiera dentrao una tierrita en el ojo... ¿Qué pensás vos?

¿Aura?... ¡Pienso en que hace un frío de mil diablos.

-Me refiero a Petronila... ¿Que pensás de Petronila?

-Que cada día se está poniendo más güena moza. Dionisio guardó silencio durante un rato, para preguntar después:

-¿No la encontrás un poco cambiada conmigo?
-No m'he fijao.

-Yo maliseo que me anda jugando sucio.
-Entonces, no te juega sucio.

-¿Por qué?

→Porque cuando una mujer engaña a un hombre no se lo deja ver... ni malisiar... De todos modos, yo m'encargo de vigilarla.

-¿Y me dirás la verdad?

-¡Enterita!... Perdé cuidao.
No hablaron más del asunto.

Transcurrieron varios días y Dionisio, que había readquirido plena confianza en su novia, se guardaba bien de recordar el diálogo anterior, sintiéndose como avergonzado de haber expuesto una duda pueril.

Unas semanas después, encontrándose solos en el monte, donde fueron a cortar unos palos, Nicanor dijo de pronto:

-Hermano, sabe que aura m'está pareciendo que tenía razón la vez pasada.

-¿Cuándo?

-La mañana que juimos a trair la yagüanesa y me contastes que le desconfiabas a Petronila. El amigo empalideció y al cabo de unos segundos dijo:

-Jueron cavilaciones nomás.
Nicanor meneó la cabeza.
-Se me hace que nó.

-¿Vos crees...?

-Yo creo que quiere a otro.

-¿Quién es?... ¡Decime quien es?- exclamóviolentamente Dionisio.

Y, Nicanor, impasible:

Cuando esté seguro te lo diré... Que una mujer le ladé el caballo, no es deshonra på ningún hombre...

-¡Ah! ¡Si me engaña!

-Si ha dejao de quererte y te lo dice, no te engaña.

Dionisio quiso insistir. Nicanor se esquivó diciendo:

-Es tarde: vamo a concluir la montiada.

Agria fué para el enamorado gauchito, la semana que siguió a la escena narrada.

Una espina grande y aguda se le había clavado en el alma. Experimentaba ardientes deseos de suplicar una explicación a Nicanor y a Petronila; pero el orgullo podía más que los celos y se atormentaba para contenerse y ocultar su desazón. Llegó el domingo. Como había unas carreras de potrillos en el boliche inmediato, toda la peonada se marchó en seguida del almuerzo.

-¿Vos no vas?-preguntó Dionisio a su amigo. Nó; ¿y vos?

¿Yo?... ¿Pa qué?...

-Hacés bien; quedate. Siempre ganarás más aquí qu'en el boliche.

Intrigóle la frase del mozo; pero supo dominar su curiosidad y guardó silencio.

Entonces el amigo, con su imperturbable tranquilidad, le dijo:

-Vamos p'al galpón y amargiaremos a gusto... Y hablaremos.

Dionisio accedió. Se sentaron. El agua estaba caliente. Nicanor preparó y cebó el mate. Tomaron dos o tres cada uno sin articular palabra, hasta que Nicanor, mirando fijamente a su compañero, empezó:

-Yo le prometí, hermano, que cuando estuviese seguro de que Petronila había dejado de quererlo, se lo avisaría.

Ya quién quiere?-interrogó Dionisio con amarga sonrisa.

-A mí,—replicó imperturbable Nicar.or.

-¿A vos?...

-Si.

-¿De modo que vos, mi amigo, mi hermano, me has traicionado?

-No. Como yo tengo más años que vos y más esperiencia, oservaba y vía; y comencé a malisiar que la muchacha era como bagual sin querencia. La tantié en el bozal, y cabrestió...

-¿Y ensillastes?- profirió Dionisio con amarga ironía.

-No;-replicó el amigo;-yo no ensillo animales mañeros.

Después de meditar un rato, Dionisio dijo gravemente:

-Todo eso se prueba, pa que se crea.

-Dejuro. Vas a tener la prueba. Vení conmigo: Yo dentro a la cocina y vos quedate en la troja.

Junto al fogón, Petronila, en cuclillas, lavaba la vajilla. Al ver a Nicanor, se levantó alegremente. -¡Al fin vino!- exclamó. -¿Y el zonzo Dionisio se fué?...

-Por ahí anda... ¿Ya no lo quiere nada?
-Nunca lo quise.

-¿Y a mí?... ¿me quiere?

Ella, con zalamería, bajando la vista:

-¿No lo sabe?... Quiere que le regale el oído? El se acercó, más, le tomó la cara con ambas manos, obligándole a levantar la cabeza y preguntó insinuante:

-¿Mucho?

-¡Muchísimo!-exclamó la chinita entornando los ojos. Y vos?...

Nicanor dando un paso atrás, lanzó una carcajada.

—¡Oveja! —gritó Dionisio avalánzandose furioso. -¡Oveja!-dijo Nicanor, interponiéndose; y luego, tomando de un brazo a su amigo:

-Vamos, hermano, -agregó. -¡Un hombre no busca de ensuciarse en el cuero de una oveja loca!... Cuando estuvieron afuera Dionisio, pasándose la mano por la frente bañada en sudor, murmuró: -Hermano, lo que usté ha hecho...

-Es lo que hacen los amigos.

GUERRA DE ZAPA

En el galpón, Lisandro-que no obstante su título universitario y su casi contínuo vivir en la ciudad, gustaba demostrar cariño por la tradición gaucha-compartía con los peones el desayuno, consistente en un costillar, que se comía «a dedo, cortando sobre la jeta ».

Frente a la puerta, el breack esperaba, prendido los cuatro tubianos petizones, pero gordos y fuertes, como eran menester para aventurarse por los endiablados caminos lodosos de la provincia.

-Tarda el chino Domingo-dijo Lucas, quien había ido a observar el campo desde la puerta del galpón.

-Pueda que se haiga augao en la zanja Honda -indicó otro peón.

-No me parece-contrarió el viejo Librija;al chino Domingo no hay manera de hacerle dentràr el agua en el cuerpo. Más fácil es

que se haiga atorao con caña en el boliche de Luigi.

-La culpa es suya-replicó Lisandro;-no debía mandarlo para ningún lado donde existan boliches. ¿Y donde no hay aura?... Los boliches y los dotores están infestando la provincia...

Sonrió de nuevo el mozo y dijo:

-Gracias, viejo, por la parte que me toca... Es verdad que yo soy un doctor media gaucho. -De labia no más-repliea cl viejo, con esa irrespetuosa libertad que es resabio del tiempo -Vea que yo se andar a caballo...

-Sí, en esos caballos de la ciudá, que los mandan a la escuela pa domarlos, caballos dotores, como ustedes, y que se vuelven puro pueblo y campaña nada...

-Yo vide uno con botines y con sombrero — atestiguó Luciano.

Muy serio, Lisandro afirmó:

-Yo vide uno en Buenos Aires con

anteojos. -¿De vidrio?

-¡Claro!

-¡Esa es bola, patroncito!...

Lucas anunció:

-Hay viene el chino Domingo.

Poco después desmontaba junto al galpón el emisario.

-¿Y que hay?-preguntó ansiosamente el mozo. -Hay, patroncito, que la Zanja Honda está bufando y no da paso pal breque.

-No importa, iremos a caballo. Ensillemen el zaino.

-Sería al cuete, patroncito: m'informaron que la inundación se llevó como diez tiros de lazo de la vía del ferrocarril.

El mozo pareció contrariado, pero se resignó bien pronto.

-Bueno; desprendan los tubianos, y usted,

don Librija, prepare un amargo.

-¡Lindo! -exclamó el viejo;-asina el patron

cito nos contará aquello de la guerra del sapo que están haciendo en las Uropas.

-De zapa-corrigió Lisandro.

-Macho u hembra, es lo mesmo-rió Librija. El patroncito empezó entonces a explicar los nuevos procedimientos puestos en práctica por los ejércitos europeos en la actual contienda: la excavación de trincheras, de verdaderos cuarteles subterráneos, de túneles que permitían ir, por debajo de tierra hasta los reductos enemigos.

Todos escucharon atentamente el maravilloso relato; y cuando Lisandro hubo concluído, Librija, exclamó en tono despectivo:

-¡Vaya una cosa nueva!...

-¿La conocía usted?...

-Phiss!... Lo mesmo hice una judiada

d'esas!... -!Cuente, pues!

Van a ver. En una regolución blanca de la Banda Oriental, yo servía con el grado' e capitán... dispués m'hicieron comendante...

-¿En cuál revolución?

-Qué sé yo!... En una... ¿Quién se v'acordar de tuitas las regoluciones de la Banda Oriental?.. -Siga, viejo.

-Sigo. Andábamo pu'el departamento de Paysandú... o de Cerro Largo, no mi acuerdo bien, pero por esos medios.

-Paysandú y Cerro Largo están en los dos extre mos del país-observó Lisandro sonriendo. Sin inmutarse, el viejo replicó:

-Será asina, pero como la Banda Oriental es más chica que una estancia nuestra, tuitos los pagos están pegaos... Güeno; un día mi jefe me llamó y me dijo:

-Capitán Librija: en la pulpería tal-no mi acuerdo el nombre-está acontonada una juerza enemiga; riuna su gente y armelós y

tomemelós, cueste lo que cueste ».

-«Ta bien, mi jefe »-dije yo, y lueguito no más marchamo.

-¿Y tomaron la fortaleza?

-Qué la íbamo a tomar!... Era un'azotea 'e piedra que no había pu'ende meterle diente... Y padelante 'e l'azotea había unos corrales de piedra y más dispués unos cercos tamién de piedra. Durante tres días meniamo chumbo a lo loco, pero al cuete no más. En la noche del tercer día, una noche de luna, bien clarita, yo me pasiaba avergonzao, cuando en redepente vide cruzar disparando un tatú machazo. Hacía tiempo que yo tenía unas ganas bárbaras de comer tatú... En seguida chumbé los perros y corrí atrás del bicho, que se puso a cavar, a cavar, ligerísimo. Alcancé a cazarlo'e la cola, pero el animal, que tenía más juerza que un toro, se jué hundiendo nomás... Y yo, p'atrás, siempre prendido...

-¿Y no le puso el dedo?...

-Pensé, pero no me daba tiempo. El

condenao cavaba, cavaba, y yo, pu'el amor propio no lo quise largar... Asina anduvimo como vainte o cincuenta cuadras y en un pronto salimo otra guelta de abajo,e la tierra... ¡Hermanito!... ¡Estabamo mesmo en el patio de la fortaleza enemiga!... Vide que tuitos dormian. Cavilé un minuto, me metí otra vez en la cueva,el peludo y me juí al campamento. Disperté mi gente. les hice cargar las carabinas y poniéndome a la cabeza,e la juerza, los conducí puel tunél, como dice el patroncito..

Desembocamo en el patio, sorprendimo al enemigo durmiendo... y lo rendimo a discresión... ¡Al otro día m,hicieron comendante!..

-Pero, don Librija-objetó Lisandro-¿por la cueva de un tatú puede pasar un hombre?

¡Acostao, dejuro que sí! ¿No dije qu'era un tatú carreta?..

MAL ABRIGO

En Sarandí, arroyito de mala muerte, con más barros que aguas en sus lagunas, tenía un tributario el Juncal, otra miseria, en la familia de los arroyos.

Al rincón formado por esos dos débiles cursos de agua se le conocía con el nombre de « Mal Agrigo»; designación apropiada, porque ni los enanos sarandíes que sombreanan los labios del primero, ni los blandos juncos que ocultaban las márgenes fangosas del segundo, tenían poder para resistir a los ventarrones que de contínuo galopaban frenéticamente sobre aquella planicie llana y sin defensa.

Mal abrigo era, sin duda.

Por muchos años el dueño del campo tuvo despoblado el rincón. Los pastos verdes del bañado atraían la hacienda vacuna, que luego era diezmada por el saguaipé, la timpanites y las mordeduras de vibora.

En cuanto a los lanares, si alguna punta extraviada ganaba el rincón, o desaparecía en alguna de las frecuentes inundaciones o, cuando los peones la descubrían y la arriaban para el campo alto, se iban muriendo en el camino, podridas las pezuñas y hechos cribas los hígados por el distoma.

Cansado de sufrir perjuicios, el patrón mandó tender un lienzo de alambrado de arroyo a arroyo, dejando en el abandono aquel triángulo de terreno infecundo y dañoso.

Ya no pensaba en él, cuando su ahijado Salustiano Píriz fué a pedirle permutar el puesto de Los Talas por el campito de Mal Abrigo. Asombrado don Rafael, exclamó:

-¡Pero te has enloquecido, muchacho! ... Tenés el mejor puesto de la estancia, un lindo rancho, una güerta grande, una chacra de primera... y querés cambiar todo eso por aquellos pajonales ande sólo viven a gusto los aperiases y las víboras! ...

-Me conviene, padrino,-insistió Salustiano,

rehuyendo toda explicación justificativa.

Don Rafael, que le profesaba tanto cariño como aprecio, dióle, aunque con pena, su consentimiento; y poco después él poblaba en el fondo del Rincón de Mal Abrigo, sobre la barra misma del Sarandí y el Juncal.

Cuando se instalaron entraba el invierno. Ante la muda interrogación de Salustiano, María Francisca, su linda mujercita, una linda criolla sonrosada, de una juventud briosa, respondió sin interrumpir la tarea de la mudanza.

-Barro, paja brava, caraguatases y sabandija... aquí no se puede criar nada bueno, aquí tiene que podrirse todo....

Y dijo esto de esta manera tan llana y sencilla, tan sin asomo de reproche, que el mozo sintióse impresionado, como reconociéndose culpable de una acción baja y mala. Hubiera preferido la protesta violenta, de su esposa.

El la quería apasionadamente; ella respondi a su afecto; y sin embargo, en los dos años que llevaban de matrimonio, Salustiano no había tenido un sólo día enteramente feliz.

Su vivienda en los Talas estaba situada sobre el camino real. María Francisca era extremadamente coqueta y casi no pasaba día sin que él la encontrara conversando, junto al alambrado, con algún transeunte, conocido o desconocido, y los celos le atormentaban de un modo atroz.

Nunca pudo sorprender a su esposa en otra falta que en la de aquellos coqueteos inocentes; pero estos mismos le envenenaban la vida. Por eso decidió marcharse a Mal Abrigo, sitio perdido, sin caminos de acceso, una cueva donde María Francisca sería al fin enteramente suya.

En los primeros meses la vida fué penosa y triste. La morocha, pájaro de las cuchillas, languidecía en la húmeda soledad del bañado.

Pero de improviso empezó a cambiar. La sangre volvió a colorear sus mejillas por largo tiempo empalidecidas; sus bellos ojos negros readquirieron el brillo transitoriamente perdido y de nuevo la risa alegró sus labios.

Salustiano empezó a ser feliz; sin embargo, no debía serlo mucho tiempo. Cierta tarde, después de haber buscado infructuosamente por todo el potrero uno de sus bueyes aradores, decidió vadear el Juncal, calculando que el animal habría pasado por allí al campo lindero

Buscando sitio para pasar le sorprendió ver un trillo bastante acentuado, una especie de picada abierta entre los pajonales y los juncos. Lo siguió constatando que seguía directamente hasta sus ranchos...

El drama fué rápido. De un certero tiro de revolver dejó instantaneamente muerto al galán sorprendido teniendo entre sus brazos a María Francisca, cuando lo suponían a él, como de costumbre, en el campo, cuidando la hacienda.

Salustiano, esgrimiendo el revólver todavía humeante, se encaró con su mujer, exclamando en el colmo del dolor y de la ira:

-¡Puerca!...

Y ella, muy pálida, pero tranquila respondió calmosamente:

-Yo te había advertido que en este bañao, todo, hasta las almas, tenían que podrirse. Estoy segura de que siempre te hubiera sido fiel, pero me encerrastes aquí, buscando un abrigo...

Salustiano, que había levantado el arma, con ánimo de hacer fuego, dejó caer el brazo murmurando:

-¡Mal Abrigo!... ¡Antes debí verlo!...

UN CUENTO QUE NO ES CUENTO

Era bastante tarde, tal vez más de las nueve, calculando por la altura de la luna; y puede ser que las diez, descontando que la luna avanza ba con pereza, ascendiendo en un cielo gris, caliente y húmedo, viscoso, pegajoso, que le hacía más difícil el repecho.

De cualquier modo, era tarde ya: y los paisanos, reunidos en la gran cocina de muros retintos de hollín, y ensombrecida por el hnmo de la leña verde, regoldaban el cimarrón de yerba misionera y empezaban a hacerle asco a la caña.

En general, tenían los ojos duros » y veíanse obligados a sostener con las manos las mandíbulas para no desquijarrarse en los bostezos, que se contagiaba como la tos en los rebaños arriados hacia el rodeo en los atardeceres de otoño.

No podían dormir, porque en la pieza de enfrente se velaba a la difunta Severa, la esposa de don Cristóbal y ellos debían cumplir el deber de amigos y de vecinos, ineludible en aquel trance amargo a que estaban expuestos todos. De allí a la salida del sol,-momento en que conducirían a la finada hasta el panteón-había un montón de horas. Y es sabido que cuando uno se aburre, las horas tranquean con perezosa lentitud de una mula de noria.

De improviso, y al término de un formidable bostezo, Serapio pidió:

-Cuente algún cuento, ño Mariano, p'auyentar el sueño que nos está ladrando en los ojos...

No Mariano, sentado en un banquito de ceibo, bien cerca del fuego, acurrucado, chupando el mate que mantenía entre sus manos negras, de dedos afilados, parecía un parecía un cuervo centenerio, inmovilizado, recibiendo la lluvia del sol, -en la punta de poste de alumbrado.

Sobre el busto, curvo y magro, se

inclinaba la cabeza calva, con escaso fleco blanco en el occipucio; y la nariz era afilada y corva, y el rostro enjuto y lampiño, con unos ojos pequeños y turbios bajo espesas cejas negras y unos labios firmes, que se hundían sobre las encías sin dientes.

Era un celebrado contador de historias, ño Mariano. El las conocía de todas layas, alegres y trágicas, y al narrarlas sabía describir corporizar en el acento, por más que nunca se moviese un solo músculo de su reseca, escuálida fisonomía de cuervo centenario.

-Bien dicho, que cuente un cuento ño Mariano!-apoyaron varios.

Y avivaron el fuego, acercando los tizones, y soplando para que se hiciese llama.

-¿Un cuanto de qué?-interrogó el viejo sin cambiar de actitud.

-Un cuento de amor,-propuso un mozo.

-Sé muchos. Con lo que yo he amao y lo

qu'he visto amar podría formarse un rodeo: todo ganao gordo... que s'enflaquese y se arruina en seguida de apartao y al llegar a la tablada hay que matarlo pal cuero.

¡Cuente de guerras! ¡Usté vido guerras! -¡Sí vide! ... ¡A malaya malaya no hubiese visto tantas y ansina no habría visto tanto monte hechao por los odios y tantos campos regaos por las lágrimas! ... No, de guerras no cuento, porque la guerra es muy fiera ...

-¡Pero es lindo pelear y triunfar! -exclamó un gauchito adolescente.

-Sí;-respondió impasible el viejo;-es lindo pal águila peliar con el carancho y pal carancho peliar con el chimango y pal chimango con el pollo... ¡Es lindo peliar y triunfar! ¿ Viste alguna vez al zorro redotar a los perros, a la perdiz chumbiar al cazador, a la tararira pescar al pescador? ¡No lo viste nunca!... El más juerte triunfa. Y en la guerra, lo mesmo, y la justicia queda de un lao... ¿Los guapos?... ¡Salí! ... ¡Nu hay bagual que no

afloje apretándole el tragadero! ¡Los guapos!... El hombre, es guapo con el perro, el perro es guapo con el gato, el gato con los ratones! ... ¡Colegí di allá y carculá el tiento por la lonja!

Hubo un silencio prolongado y penoso, que fué interrumpido por la entrada de don Cristóbal.

Envuelto en la negra vestimenta de confección, tosca, llena de arrugas, el gran cuerpo del viejo parecía más grande, y bajo la sombra de las anchas alas del chambergo enlutado, la melena y las barbas patriarcales parecían más blancas; y sobre las ojeras violáceas dibujadas por el insomnio y la pena, los ojos grandes y serenos, transparentaban bondad.

-Güenas noches, amigos, -dijo con voz friste, pero firme; y en seguida dirigiéndose a uno de sus hijos, silenciosamente sentado en la rueda, agregó:

-M'hijo, vienen avisarme qu'en la Cañada Suia ha peludiáo la jardinera del puestero

Rumualdo, que viene del pueblo con la mujer enferma... Monte a caballo y vaya a darle una cuarta.

-De los caballos agarraos no hay ninguno, tata, que sirva pa cuartiar: essán a zoga el petizo rengo y el zaino aguatero...respondió el mozo. -¿Y no está mi tordillo en el galpón?—preguntó con naturalidad el viejo.

Asombrado el hijo, observó: -¿Su parejero, tata?... ¿A parejero tordillo?

-¿Y qué?. ¿Vale más un parejero que un cristiano?... Ensilleló y vaya a cuartiar y acompañelós hasta el rancho, por si precisan algo...

Dicho ésto, el anciano salió, encaminándose lentamente a la habitación donde velaban a la compañera de toda su vida. El hijo se levantó a su vez para cumplir la orden paterna.

Otra vez reinó silencio en la cocina ahumada, hasta que el mozo lampiño reiteró el pedido: -¡Un cuento, viejito!

-Vi a contar uno;-respondió solemnemente don Mariano. Tosió, inclinó más aún su cabeza de cuervo, que las llamas avivadas del fogón auroleaban de rojo, y empezó:

Había una vez un hombre güeno, qu'encontrando al paso una mujer güena, y tirando en yunta y parejo, anduvo arando la vida más de setenta años seguidos... Sembró mucho, pa él, pa los vecinos pobres que le pedían y pa los vecinos malos que le robaban; pa las cotorras, pa los pajaritos y hasta pa los güeyes chacareros qu'en la noche asaltaban el alambrao pa enllenarse de maíz verde ... Nunca metió pleito a naide, nunca pelió con naide, y tuitas las noches, en el tiro de setenta años, durmió tranquilo sus noches, rejuntando juerzas pal trabajo'el día siguiente ...

-¡Pero eso no es cuento!-interrumpió uno del auditorio.

Y el narrador, levantando la cabeza, y dando a sus ojos un extraño fulgor imperativo, respondió: -¡No! ¡No es cuento! ¡Es la historia de don Cistóbal! ...

No es cuento pero parece cuen to, porque ser feliz, siendo güeno y siendo honrao, va pareciendo cuento! ...

DEL TIEMPO MALDITO

Era a mediados de 1820, el año rojo y siniestro. Al desaparecer el secular dominio hispano, todo salió de quicio en el antiguo virreinato.

Del vientre de la libertad brotó el libertinaje. La leona, después de haber expulsado a el león, dió a luz una monstruosa ventregada de hienas. Rabiosas ventolinas se entrechocaban sin cesar, barriendo las llanuras y las selvas, las colinas y las montañas.

En la ausencia de toda policía social y moral, los instintos reventaban en copiosas y sangrientas florescencias. Las ambiciones subalternas, cabalgando en pelo, los potros cerriles, llenaron de estruendo los caminos, de sangre las lomas, de luto los hogares.

Se combatía sin tregua en todos los ámbitos del inmenso territorio.

El estruendo de la guerra habíase hecho familiar a todos los pagos. Los chicos de diez años no ignoraban ninguna de las « veintidos maneras de degollar un cristiano». Sobre los prados herbosos de las campiñas solitarias, blanqueaban esqueletos de hombres y caballos, por lo general uno junto al otro. Los cuervos, los caranchos y los chimangos ya casi no podían volar, de puro gordos...

Se peleba sin cesar. Allá por el extremo norte, los sables de San Martín y las lanzas de Güemes quebraban los últimos esfuerzos del heroísmo español.

En la Banda Oriental, Artigas y sus gauchos, Rivera y sus guayalquises, Andresito y sus misioneros, batíanse desesperadamente, obstruyendo con cadáveres de patriotas los caminos de los conquistadores lusitanos.

En tanto, adentro,en la amplia zona libertada, en Entre Ríos y Corrientes, en Santa Fé y en Córdoba, en Tucumán y la Rioja, los caudillejos sin ideales desencadenaban la anarquía, encendiendo

enormes hogueras que obscurecían con sus humazas el purísimo azul del cielo patrio, poblaban de gemidos y de clamores, de maldiciones y de llantos las radiosas soledades, donde no imperaba más ley que la violencia...

Parece que para hacer una patria, como para hacer una hacienda, se necesitaban el hierro y el fuego: el cuchillo o la lanza, para la señal: el hierro rojo o el fusil para la marca.

Era en Junio de 1820, y era en las inmediaciones de Gualeguaychú.

Los pagos habían sentido un estremecimiento más más rudo que los habituales.

Presentían un encuentro formidable, un espantoso restallar de truenos, un horrible choque de lanzas y rencores.

Después de los desastres de Arapey, Aguapey, Catalán y Tres Cerros, Artigas, la vieja, indomable águila oriental, cruzó de un volido el Uruguay, y fué a exigir ayuda

a sus criaturas occidentales.

Su presencia en el norte correntino produjo pavor en las cuatro grandes provincias que un día le proclamaron « Protector de los pueblos libres >> Y cuando comenzó a descender en busca de sus tenientes, la hostilidad se aguza ba como espinas de ñandubay.

Tras muchos días de marcha, el áspero guerrero acampó con sus mermadas huestes a poca distancia de Gualeguaychú, donde le esperaba, resuelto a pelearle, su discípulo, favorito, Francisco Ramírez.

El amargado caudillo fué a pernoctar en los ranchos del viejo Cipriano Basaldúa, a quien conociera en la época de sus correrías triunfales.

El viejo paisano no guardaba de él, grato recuerdo. En la anterior campaña le había consumido casi todo el ganado, y le había arriado toda la caballada y le había llevado tres hijos, de los cuales sólo uno volvió. Ese uno y dos más, a la sazón, de doce y quince años, respectivamente, es lo

que quedaba de su numerosa familia. De los cinco hijos mayores, tres cayeron en los gloriosos campos de Salta; los otros dos, en el campo sombrío de Vilcapugio. Habían muerto bien, rindiendo su vida por la libertad de la patria, En cambio no podía consolarse aún de la pérdida de los otros dos, sacrificados inicuamente a los horrores fracticidas.

Su pobre vieja también se fué, asesinada por la pena y don Cipriano quedó sólo, cuidando sus dos últimos cachorros, allí en su campo vacío, en su rancho desolado, desolado como su alma, que se había puesto a temblar cuando sintió la aproximación del caudillo de fierro.

Quiso hacer huir a sus muchachos para librarlos de la arriada, pero no pudo: no tenía caballos. Al día siguiente formaban, lanza en mano, en las filas del invasor.

Y tres días después, sobre un llano inmediato, en las Guachas, se encontraron, el viejo caudillo que de desastre en desastre, marchaba aceleradamente hacia el ocaso, y el joven caudillo que iba

llenando con sus prestigios las tierras mesopotámicas.

Fué horrendo el choque. En el hervor del entrevero, mezclábase a los gritos de rabia y de exterminio el ruido seco de las lanzas rotas. Por horas y por horas, los dos rivales lucharon con implacable tesón y al fin la victoria depositó su último beso ante la amplia frente del caudillo de los ojos de acero.

Ramírez, deshecho se retiraba al Paraná, buscando refuerzos. Artigas le perseguía sin tregua. El silencio, un colosal silencio volvió a reinar en el llano de las Guachas.

Cuando al siguiente amanecer don Cipriano, fué a recorrer el campo de batalla, sembrando de cadáveres, encontró entre ellos los de sus dos hijos.

Sin lágrimas, sin quejas, les dió sepultura y luego regresó silenciosamente a su rancho, con el alma muerta.

Poco después el caudillo oriental volvía a pasar por allí; pero no se detuvo. En

completa derrota, obscurecida para siempre su estrella de triunfador, emprendía la huída que habría de tener término en el silencio boscoso de Curuguaty.

No tardó en pasar Ramírez, Y entonces, el viejo miserable sintió un rudo extremecimiento recorrerle todo el cuerpo. Pidió un caballo y una lanza a la partida que había llegado a su casa. y al ponerse en marcha, él siguió en sus filas.

Cuando hubo andado un par de cuadras, se acordó que olvidaba algo y pidió permiso para volver al rancho. Se lo concedieron. Diez minutos después estaba de regreso, un cuarto de hora más tarde un soldado que iba al lado suyo, habiendo vuelto la cabeza, observó que el rancho ardía en grandes llamaradas.

-Vea, don Cipriano-advirtió,-¡se quema su rancho!

-Yo prendi juego,-respondió tranquilamente el viejo; y ante el asombro del compañero, explicó:

-Pa que no quede nada... Nada más que osamentas y cenizas!...

CHINGOLOS

Aun no había concluido de amanecer cuando Belarmino ensillaba su caballo, con gestos violentos que expresaban su excesivo mal humor.

En eso estaba cuando apareció Rita, jadeando con los dos baldes de leche de la ordeñada diaria, Extrañada preguntó:

-¿Que haces, Belarmino?... ¿Ya estás de viaje?

El mozo volvió la cabeza, mostrando una cara toda compungida, y respondió:

¡Sí; me voy pa siempre!... ¡Y ojalá nuncą hubiera venido!...

Rita dejó los baldes en el suelo y preguntổ solícita:

-¿Que te pasa, Belarmino?

—¿Qué me pasa?... ¡Que no me pasa más la vida, qu'estoy atorao, que la tengo

atravesada en el tragadero!...

Ella interrogó con fingida ingenuidad:

-¿Un güeso?...

-¿Un güeso?... ¡Tuito un güesumen, una osamenta entera, dende las pezuñas a las guampas! -¿Las guampas tamién?

Belarmino, calculando que la chica se burlaba, respondió con brusquedad:

¡No, las guampas no; entuavía no le habían salido por qu'era ternero mamón!...

¡Ah!

-¿Vos no sabés?

-¿El qué?

¿Lo qu' es un ternero mamón? -¿Te querés rair? ... Te pregunto si no sabés lo que me pasó ...

-Sé lo que vos decís, que tragaste un puñao de güesos, que no pudieron pasar, qu' estás atorao...

-Era pa un decir... El caso es que Lucha no me quiere más... -¡No me digas!

-Ella me lo dijo ansina esta madrugada, cuando bailábamo la última polca.

¡Qué suerte!

-¿Cómo, qué suerte?-interpeló con rabia el mozo.

-¡Qué suerte triste la tuya, quise decir!... -¡Ah! ¡Tan triste, Rita!.. Vos sabés que pa mí, Lucha era tan linda que... más brillante que más olorosa que.... ¡Güeno, fijate si estaré apenao, cuando yo que siempre juí baquianazo pa las comparancias, aura no encuentro como acomodar ninguna!... ¡Esa indina me ha bajeriao el lomo 'el alma y en la cerrazón de mi tristeza ya no sé ni pa qué lao queda la querencia!.! -¡Qué pena!...

-Grande, Rita, grande como una estancia antigua, larga como un camino, ancha como una laguna, honda como ... como ¿No ves? ¡Ya me volví a enredar, que se me volvió e ambarar la maginación! ...

¡Ah! ¡Si me dan ... ganar de sacar la daga y abrirme el pecho y arrancarme el corazón y tirárselo a los perros!

Ella se abalanzó, poniéndole ambas manos sobre el brazo y dijo con súplica angustiosa:

-¡No, Belarmino, no saqués! ...
-¿Qué no saco?

-La daga... y bajando la vista y medio jimoteando, agregó:-Yo tamién sufro... Anoche Samuel me dejó plantada pa dir a cantarle al óido a la china Ugenia ...

-¿Y vos qu'hiciste?

-¡Al principio tuve ganas de comerle los ojos, como si juese carancho!... -¡Lo mesmo que yo!

¿ Y dispués?... -Dispués me dije: de caballos y de hombres está el campo lleno y sería bobo que una anduviese a pie nada más que po el capricho de pelo‘el mancarrón ...

-¡Dijistes lindo!... ¡Pucha, y a mí no se mi

ocurrió! ...

Cambiando repentinamense de, fisonomía, Belarmino tomó la mano de Rita y exclamó:

-¡Qué linda mano!... ¡Y qué lindo olor que tiene! Olo a pastito, olor a gramilla, olor a trébol... Un trébol de cuatro hojas, fresco como el rocío, como l'aurora, como ...

-¡Ya se le volvieron a enredar las comparancias! respondió riendo con picardía la chica. -¡Es que te quiero!- exclamó él, atrayéndola y besándola en los labios.-Si supieras como te quiero!

-¡Y yo a vos, entonces! -respondió ella abandonándose ...

Y sus almas de chingolo se iluminaron con el resplandor de la aurora de un nuevo amor, olvidando repentinamente los cariños zozonrados en el reciente anochecer.

EL LOCO DE LAS VEJIGAS

Diez días lloviendo. Lluvia persistente, tenaz, incompasiva.

Tras un furioso chaparrón de gruesas gotas, que castigaban la sierra reblandecida con ímpetus de granizada, solía aclarar repentinamente, bruscamente, como por acto de arrepentimiento, de súbita determinación compasiva.

-Parece que acampa-juzgó el chinito Nemesio. -¡Qué saben los muchachos y las mujeres!mofó don Antenor.-El cielo está tomando un resuello pa seguir la galopiada.

Y así sucedía, en efecto. Después de cinco o diez minutos de tenue garúa tornaba a nublarse el firmamento, reventaban estrepitosos los truenos, centelleaban los relámpagos, y un nuevo iracundo chaparrón se descargaba sobre la campiña, convertida en inmensa laguna sin orillas.

La obligada ociosidad había hecho almácigo de aburrimiento sobre la peonada, día y noche recluída en el galpón, hastiada de mate amargo, ahita de truco y sobados en demasía los temas de conversación. Hasta Nemesio, el parlanchín sempiterno, enmudeció.

-¿Se te acabaron los apuntes?-preguntóle risueñamente Agapito.

La chicharra sólo canta cuando hay sol juerte-observó Dionisio.

-No es eso-alegó el aludido;-asunto no me falta, pero, como dende hace cinco días vengo haciendo solo el gasto, se me va acabando la saliva y tengo cansada la lengua. Yo he dado más de mi parte.

-O no has dao nada-respondió don Antenor;ir enhebrando palabras como cuentas de rosarioes sólo cuestión de resuello. Nunca olvidés que pa que un pastel salga lindo, lo de menos es la. hojaldra y lo prencipal el relleno.

Picóle al mozo la observación y replicó

con acento más apenado que agresivo:

-Tuitos me tiran a mí, y a juerza de cachetiarme sin motivo me van haciendo juntar tanta rabia que en cualesquier día vi'a reventar como un escuerzo!...

-Mal grano es la rabia-filosofó el viejo;más tarde o más temprano tiene que arderse, en pura pérdida para quién perdió el tiempo en enilenar con él la troja del alma ... Y al propósito me viene a la memoria un cuento que le of contar a mi agüelo; yo era entuavía un charabón sin emplumar ...

-¡Jué, pucha que ha'e ser añares d'eso!-interrumpió Agapito.-¿Ya existía el río Gualeguay en ese tiempo?

-Estaban concluyendo de zanjiarlo-respondió el viejo sin inmutarse.-Contaba mi agüelo que había en el pago un hombre más seco, torcido y contrahecho que una rama'e parra en invierno. Vivía solito en su rancho y naides sabía de qué vivía ni pa qué vivía aquella vida de aperia.

Unas doscientas ovejas sarnosas y un

mancarrón zaino, lunanco, maceta, de carretilla nueva y con los dientes en horqueta, era tuita l'hacienda que se le conocía.

Cuasi nunca se le vía por denguna parte. Metido en su aripuca, como lechuzón en su cueva, si asomaba las narices ajuera, de juro que sería dispués de taparse el cielo con el poncho de la noche.

Pero aconteció que de pronto el viejo Serapio– ansina se llamaba-encomenzó a cair a tuitas las carniadas, pidiendo por favor que le diesen las vejigas de las reses. Y es claro, se las daban.

Al principio naides malisió nada; pero a la fin comenzó a dentrar la curiosidá. ¿Pa qué diablos quedría tantas vejigas el ñacurutú?

En la estancia, contaba mi agüelo, había un muchacho cachafáz y sinverguenza ... uno como así Nemesio, que se propuso desenredar la trenza, y se puso a espiarlo al viejo.

Y vido qu'este, en las noches de tormenta, cuando había vientos juertes, diba a llenar las vejigas de viento, les ataba bien la boca y las apilaba en su rancho.

Tenía una pila inmensa, que diba dende el piso hasta la cumbrera. Y el loco aquel siguió pidiendo vejigas y enllenándolas de viento.

Y resultó qu'en una noche de verano, serena, tranquila, se sintió en el pago un estruendo bárbaro, como si hubiese reventao un trueno formidable, y en seguida un ventarrón, que naides vido otro igual hasta entonces, pasó bufando con tanta juerza que hasta los ucalitos más grandes hocicaron el suelo y quedaron con las raíces al aire..

A los días, algunos vecinos curiosos fueron a ver el rancho del viejo Serapio, y no hallaron ni rastros. ¡Tuito había volao!... A la cuenta, algún minero mordió una de las vejigas del fondo, reventó el viento y reventaron tuitas las otras, ¿Y el viejo no apareció?

-Nunca se tuvo noticia suya. A la cuenta, el ventarrón lo llevó a la gran ... laguna que había a una veinte cuadras de allí...

Terminado el relato, el auditorio permaneció silencioso y pensativo.

Nemesio habló:

-Eso quiere decir ..

-Que juntar odios es lo mesmo que embotellar vientos ...

SEMBRANDO FUERA DE TIEMPO

Cincuenta años atrás, la Estancia del Vichadero, en Cerro Lobuno, constituía vasto dominio, dilatadísimo feudo de uno de los más poderosos señores de lanza larga, tropilla flor, macizo herraje y daga cortadora.

Mentados y temidos fueron de años en años, por varias generaciones, los Miravalles de Cerro Lobuno; pago de fama como productor de vacaje superior, caballos de ley y gauchos bravos, capaces de desnucar un toro de seis años con el «<seco» de un <pial de volcao », de montar en pelo y rendir, a tirones del copete, a los potros mor taraces, y de deshacer cuadros de infantería y arrancar la lengua a los cañones a puro golpe de chuza...

Pero lo épico pasó. Así mismos las moharras de las lanzas, de un acero asaz

templado, se mellaban y se quebraban al destripar terrones, convertidas en rejas de arado, así los fuertes varones vieron enmohecerse sus almas, cuajarse sus energías, cansarse sus caballos en el trotar sin rumbo en larguísima noche de cerrazón sobrevenida de súbito.

En la imposibilidad de adaptarse -dada la brusquedad de la transición-en su mayoría perecieron.

Los que no perecieron, degeneraron. Cuando el río al cambiar de curso, convirtió en charco lo que fuera honda y anchurosa laguna, las mojarras, las nutrias y los aperias, sustituyeron a los tararira y los yacarés.

De la poderosa Estancia del Vichadero, sólo quedaban jirones dispersos donde vivían obscuramente los dejenerados descendientes de los belicosos y gloriosos Miravalles del tiempo ido.

La cabeza de la Estancia, un recio edificio de piedra con apariencias de atalaya, constituía un modesto dominio de

doscientas hectáreas y estaba arrendado a un español que se había instalado con pulpería, posada y posta de las mensajerías.

Enfrente, del otro lado, del camino se había establecido un vasco con taller de herrería y carpintería. Algo más allá, algunas chacras, destinadas al sembrado de maíz y contadas hortalizas. Chacras misérrimas como los ranchos en que vivían los despreocupados cultivadores, para quienes el trabajo era un incidente y no una regla de la vida.

Como poco después se estableció en la pulpería una estación telegráfica y una agencia de correos, y se edificó, a pocas cuadras, un edificio para comisaría, llegó a formarse algo como el embrión de un pueblo; aún cuando en el decir del viejo Anastasio, contemporáneo de la gloria de los Miravalles:

-L' estancia 'el Vichadero parece aura una tapera en cuyo rededor crecen los yuyos malos y los bichos inservibles o dañinos: abrepuño y ortiga, malvabisco y baldrana,

zorros y comadrejas, víboras y lagartos...

Un tiempo más y las autoridades del departamento resolvieron quién sabe por qué imprevista inspiración crear una escuela primaria en el lugar.

El arrendatario de la Estancia proporcionó el local; un galponcito de terrón y paja, tan derruído, tan abierto a las lluvias y a los vientos que no le servía ni para depósito de cascos y de cajones vacíos. Una troja abandonada sirvió para habitación del maestro.

Era éste un mozo alto, flaco, de estrechas y encorvadas espaldas, de rostro largo, anguloso, muy pálido, con grandes ojos negros, brillantes y tristes.

Se llamaba Matías Soria y era de una bondad y de una humildad que de inmediato le mereció el desprecio de todas aquellas gentes miserables, que eternas víctimas de todas fuerzas, sólo sentían respeto por la fuerza.

El maestro tenía fe de apóstol y empleaba

más tiempo en la educación moral de sus discípulos, que en enseñarle los rudimentos científicos.

-Es necesario amarnos y respetarnos los unos a los otros-explicaba.-Es preferible morirse de hambre a tomar una cosa ajena.

-¡Tarjá, che!-murmuró maliciosamente al oído de su vecino, hijo de un cuatrero de fama, un chico que esa misma mañana mereció la felicitación de sus padres por haberle robado una gallina al comisario.

Toda la abnegación de Matías se estrellaba contra aquellas almas infantiles convertidas en yuyal infecto, amparador de sabandijas. Nadie lo estimaba, nadie lo quería. Don Anastasio le dijo una vez, afablemente, con lástima:

--Me dá lástima, don máistro de verlo penando al ñudo!

Y él, humilde:

-Penar por el bien de sus semejantes,

nunca es al ñudo, don Anastasio.

-Asigún: es al ñudo sobar lonja que no da pa tientos; y entr' estos potrancos serranos, máistro sin palmeta es como domador sin rebanque y sin espuelas...

-Yo siembro.

-Veá. Siembre trigo y le v'a salir flechilla...
-De cualquier modo, hay que sembrar...
-No; carece primero limpiar la tierra.

Matías sufría, pero hallaba algún consuelo con la afección que le demostraba uno de sus discipulos, Mauro Rojas, un chico de facciones de negro, con ojos azules y motas rubias.

Mauro debía tener cerca de veinte años aunque no aparentaba quince; del mismo modo que aparentaba debilidad física, siendo, sin embargo, agil y fuerte.

En todo momento demostraba una gran admiración por el maestro, quien, por su parte le tenía un profundo aprecio. Mauro tenía un especial talento para la caligrafía,

hasta el punto de haber llegado a llenar sus planes con una rasgueada y meticulosa letra inglesa que no admitía diferencia con la muestra escrita por el maestro. En ese sentido era un portento Mauro, y Matías estaba orgulloso de su discípulo; no tanto, sin embargo, como lo estaba el procurador Nicomedes Castro, de quien era pupilo el mulatillo...

Inesperadamente, gran barullo en el pago: llegada del juez del distrito con lujo de policía; Don

Lucas Sierra, uno de los más ricos y más brutos estancieros de la comarca, ha descontado un vale por valor de diez mil pesos, firmado por el pulpero Rodríguez.

Resultó una estafa. La firma era falsificada. El procurador Castro insinuó la posibilidad de que el maestro...

Se incautaron de sus papeles y se encontró entre los cuadernos del maestro, facsimiles de letras de los principales comarcanos, que Matías, en su debilidad caligráfica, copiaba para demostrar a sus alumnos lo

malo de uno, lo antiestético de otro, para llevarlos a la perfección de su escritura inglesa.

El descubrimiento constituyó una prueba abrumadora. En medio de la alegría de todo el vecindario, el mísero maestro de escuela fué aprehendido bajo la inculpación de un infame delito.

-Pa ellos será, pa mí no jué... Pero hay que pagar la chapetonada... Sembrar es lindo y es güeno. Pero hay que sembrar en güen tiempo pa no perder la semilla y el trabajo.

EL COMISARIO DE TUCUTUCO

Tucutuco es un pago que cae sobre el Uruguay, frente al Brasil. Pago feo: esterales, cañadones, riachos, mucha paja brava, mucho barro, mucha agua sucia, que de haragana no corre y se pudre al sol; yacareces adentro, aperiaces afuera, tábanos y mosquitos por todas partes...

No. vía nadie en el pago de Tucutuco, dado de que allí no había nada de que vivir, y no habiendo gente ni haciendas, parecería lógico que fuese innecesario un puesto de policía. Pero las autoridades provinciales no opinaron lo mismo.

Un día, el comisario del distrito hizo bajar al sargento Leoncio Maidana y le habló así:

-Vea, sargento: días pasaos, el jefe político m'hizo bajar al pueblo y me habló más o menos asina, corrigiendo lo desparejo:

«Usté tiene a cargo'e la sesión del Espenillo al sargento Maidana... -Soy yo- insinuó con cierto temor el viejo gaucho.

-Usté mesmo... Y yo dije, haciendo justicia, un güen empliao,jefe.

-¡Gracias pu'el acuerdo?-agradeció Maidana. -Nu hay de que... Y dispués dije: cumplidor, diligente, honrao, y más guapo que las armas patrias...

El viejo Leoncio sintió que el pecho se le inflaba repentinamente. Activo, cumplidor, honrado, cualquiera puede serlo; ¡pero ser guapo!... Para un gaucho ese elogio vale más que otro ninguno, y sobre todo cuando no es guapo.

-Pues bien;-continuó el comisario, atusándose la pera-el jefe me respondió: «Ya lo sé..... -¿El jefe sabía que yo soy guapo?—interrumpió el viejo inflado de orgullo.

-¡Quién no lo sabe, don Leoncio!... Entonces el jefe me dijo: «Los hombres son pa las ocasiones y aura yo necesito, el

gobierno necesita de hombres de lái, que sepan hacerse matar por la causa...

-¡Por el partido, qu'es gobierno, y que si nosotros lo defendemos dejará de ser gobierno y entonce yo dejaré de ser comisario y usté dejará de ser sargento, y en ese supuesto, la provincia irá barranc abajo y al pais se lo llevará el diablo!... Compriende?

-Compriendo;-respondió el sargento rascándose la cabeza-compriendo eso, pero no compriendo...

-¿Lo qu' el gobierno quiere de usté?... Se lo vi a explicar... ¿Sabe que se nos viene encima las ilesiones?

-Sabo.

-¿Sabe que l'oposición cuenta con muchos elementos en el distrito?

-Eso no sabo.

-¿Sabe que sería una vergüenza que l'oposición le ganase las votaciones a l'autoridá? -Eso sí sabo.

-Pues güeno, hay qu' empedirlo.

-¡Lo empediremo! ¡Yo me comprometo' arriarpal rodeo 'elas urnas tuitos los votadores de la sesión y tuitos llevando el boleto 'e la marca oficial!...

-No es eso, sargento-respondió el comisario, tironeándose la pera; no es eso. Los eletores del pago, los conocemos; son ganao manso que chiflándolo se arrea. Los que nos preocupan son otros.

-¿Cuálos?

-El malevaje que capitanea el pardo Sifredo, allá pu' el pago 'el Tucutuco. Y el jefe pensó en poner un puesto 'e polecia en Tucutuco y a usté de jefe.

Maidana volvió a ponerse pálido y a rascarse la cabeza.

-Es pago fiero-dijo-y la gente del mulato son como muchos...

-¿Y diai?... No siempre el montón es juerza: cincocientas estrellas no alumbran más qu' el lucero.

-Será; pero cien rifles de contrabandistas chumbean más que cuatro tercerolas de polecías...

-¿Tiene miedo?-interrogó el superior, y sin darle tiempo a responder, agregó:-Y me dijo el jefe que si usté salía bien, como lo esperaba, lo asendería a sub...

De la peor gana del mundo, y confiando en que su astucia y su miedo lo sacarían airoso. Maidana aceptó la aventura.

Seguido de cuatro milicos llegó al pago de los esteros, eligió el sitio más elevado e hizo levantar prontamente un par de ranchos. Y dejando a sus subalternos ocupados en esa tarea, partió solo a «recorrer y conocer » su dominio, según dijo. En realidad, el sargento iba a dar principio a un plan combinado en el viaje hacia Tucutuco.

Tras medio día de trote fué a desensillar en una pulpería situada a inmediaciones del Uruguay, punto de reunión, especie de club de los contrabandistas de la región y donde estaba seguro de encontrar al

mulato Sifredo, jefe de la banda. Así fué, en efecto. Se saludaron muy cordialmente. Sifredo invitó con «uma canhina garantida do Brazil». Elsargento, aceptó, bien seguro de que su invitante no mentía; garantida do Brazil... ¡y pasada sin pagar derechos?...

-¿E que anda fazendo vocé pu' estos pagus.... si se pode saber?-indagó el contrabandista. Maidana bebió, tosió, carraspeó, y luego dijo:

Y pues, vichando, y mandao pu'el gobierno pa plantar una comesaría en Tucutuco... Ahí estoy poblando, en el alto 'el cspin illal...

¿Ah, sí?-sonrió despectivamente el malevo. -¿Y usté será el comesario?

-Yo mesmo: así es, sí, señor-respondió el otro con aire modesto.

-¿Y le darán por lo menos, media docena 'e melicos.?

-Algo más: cincuenta.

-¿Cincuenta?...

-Semos cincuenta y cuatro, con mi segundo, mi sargento y los dos cabus... y tuitos armaos a garabinas de repercusión, de esos que les llaman man úseres... ya los tengo en el alto 'el espenillal y a est' hora los muchachos los están ensebando.... Al notar en el rostro de su interlocutor la expresión de disgusto producida por sus frases, Maidana se echó para atrás,pitó fuerte y añadió:

-Así es, amigo.

El contrabandista, pensativo, dijo:

-Mucha juerza polecial. ¿Pa qué tanta juerza polecial?

-¡Carcule!... Pa empedir el contrabando... ¡Es una cosa bárbara lo que se contrabandice!... Sifredo guardó prolongado silencio. Sirvió otras copas de canhina; luego dijo:

-Vea, sargento...

-Soy comisario-rectificó con dignidad

Leoncio. -Vea, comisario, todo tiene arreglo.

-Todo, menos la muerte... Y pa eso he trotiao tuita la tarde... Hablemo llano ¿Semo amigos o no semo amigos?

-¡Semos amigos!...

Güeno; pues entonce nos arreglamo, y ya, puesta la carpeta, tiraos los naipes!... Y a pregunta, rispuesta: ¿Usted va dir contra el gobierno en las votaciones de aura?

Titubeó Sifredo, pero asintió:
-Sí. Es la orden.

-Güeno. ¿Y por qu' es la orden?... Porqu' c! gobierno no los deja trabajar a gusto; pero si el gobierno los deja trabajar a gusto, pa qué dir contra el gobierno?... ¿Es razón o no es razón?

-¡Es razón!

-Pus, güeno; si ustedes le atracan sus votos al gobierno, la polecía 'e Tucutuco no va sentir las carreras, aunque no engrasen los ejes... Sino hablara mis cincuenta

tercerolas de repercusión... ¿Comprien de?...

-Compriendo y acetao-respondió el contrabandista. Entre hombres, siempre hay campo. pa entenderse.

Se dieron la mano.

Al ir a montar a caballo, Maidana dijo: -Mandemé unas damajuanas de esa canhina, que me parece muy güena.

-Será servido-respondió Sifredo.

El gobierno triunfó en las elecciones, y a ese triunfo se debió el que fuera establecida una comisaría en Tucutuco.

EL CUENTO DE NO LIBORIO

Cerca de la barranca del Uruguay, no lejos de Libres, estaba el rancho de don Liborio. En la comarca no había cristiano que no conociese a don Liborio y a su rancho.

¡Rancho!... Un modo de decir: más era una cueva de peludo mestiza con nido de chimango: un montón de tierra y un montón de paja, todo negro, todo sucio, todo sórdido, informe, sin que pudiera decirse dónde estaba el mojinete, ni cuáles eran las laderas...

Y después... ¿Quién sabe si tenía mojinete, ni cumbrera, ni tijeras, ni alfajías?... No había en el pago nadie que atestiguase haber levantado el cuero de vaquillona mora,-ya casi sin pelo y todo cuartiado, -que hacía de puerta, para echar una mirada en el interior del rancho de ño Liborio. Además, ni hubiera visto nada, porque allí adentro ni las lechuzas podían ver nada. La luz del día no tenía por donde entrar; y en cuanto a luz artificial,

ni un mal candil de grasa de potro utilizó nunca el viejo ermitaño.

¿Con qué objeto?

-Pa dormir no carece luz y para comer tampoco; la boca y el suelo son dos cosas que s'encuentran siempre aunque se tengan los ojos cerrados!...

Lo mismo si le reprochaban lo exigüo de su morada:

—¿Y pa qué mayor?... Más chicas son las sepulturas y ningún finao se queja!...

Por otra parte, la verdadera casa del viejo gaucho, era el viejo ombú, que despreocupado, indolente, desparramaba ramas por arriba y raíces a flor de tierra.

En invierno, en verano,-muralla contra los soles lo mismo que contra los vientos y las lluvias, -el ombú era el sitio predilecto de ño Liborio.

Allí asaba sus churrascos, allí dormía todas las sicstas y allí dormía muchas noches. Algunas de las gruesas raíces

supraterrestres estaban carcomidas por el fuego; y eso que el fuego, ni aún el del rayo, le hacen gran mella al coloso pampa. En sitios se veían montones grises de las cenizas acumuladas; y en otros sitios, montones blancos de huesos pelados: costillas de vaca, caracuces de ovejas, carretillas de cordero y alguna que otra armazón de mulita y tal cual canilla de « Juangrande» 0 carcasa de pava del monte o el peine afilado de un espinazo de tararira.

A la sombra o al abrigo del ombú, ño Liborio pasaba la mayor parte del día, la mayor parte de los días. Cimarroneaba, pitaba, chupaba ginebra o sesteaba. Lo más del tiempo sesteaba; porque hay que advertir que ño Liborio pasaba casi toda la noche en la orilla del río, desempeñando su oficio de pescador; casi todos los dorados pacús y surubís que comían los moradores del pueblo, los pescaba él en sus pacientes vigilias sobre las barrancas del Uruguay.

Era voz corriente en el pago que el tal oficio sólo servía para encubrir el

verdadero.espía y eficaz auxiliar de contrabandistas. Porsospechas deesa índole, varias veces lo llevaron preso; pro siempre se comprobó la falta de fundamento de las suposiciones ¡Qué se iba a meter el pobre viejo en aventuras de contrabandistas!

Los guardas aduaneros eran sus amigos y nunca faltaba alguno que en el aburrimiento de la ronda, infructuosa casi siempre, fuese a buscarlo en sus pesqueros, para matear con él, chupar con él, y, sobre todo, escuchar sus cuentos; porque era famoso contador de cuentos.

Una noche, noche tormentosa, de ambiente pesado, de aire pegajoso, don Liborio se aburría con un aparejo en cada mano, sin que en ninguno picara un pez serio, cuando llegó hasta el abra del pesquero, el alférez Domínguez, un mocito porteño recién nombrado jefe del piquete del resguardo. Al llegar, había dicho:

-A mí no me compran ni me engañan.

Todo un mocito digno, recto inteligente,

capaz de desafiar en cualquier terreno, y con ventaja, al gauchaje malviviente del pago.

-Buenas noches, viejito...
-Güenas noches, jefe...

-¿Qué tal, pica?

-Los mosquitos no más, jefe.

-Sin embargo, en la recorrida de la costa he visto saltar dorados grandes como canoas.

-Sí. Pero los dorados, jefe, son como los contrabandistas; nunca hay que dir a buscarlos ande meten bulla... Aprienda esto... Vea... Le vi'a contar un cuento...

Y don Liborio ató los aparejos a un tronco detala y se fué a avivar el fuego del fogón donde dormitaba la paja. El porteñito lo siguió, tomó asiento sobre la grana, y dijo:

-A ver ese cuento.

-¿Le gustan los cuentos?
-¡Y cómo no!... ¡Largue!...

-Güeno... Yo sé uno lindo, pero lindo de endeveras!... Pueda que usté no le encuentre el gusto.... pero mire, jefe, se lo asiguro por el finao Urquiza, qu'es más sabroso que un durazno colorao, d'esos que se hacen agua como la boca 'e una chinita pintona... de esas que se crían en los Mandisurises... ¿Usté nunca estuvo por los Mandisurises?... ¡Pago lindo, amigo!... Tuito adentro 'e tierra y sin plaga 'e contrabandistas... Velay un amargo..

El viejo, en el decir de estas cosas, había preparado el mate y se lo alcanzaba al mozo, quien, después de unos sorbos, preguntó:

-¿Y el cuento, viejito?

Don Liborio se dió por desentendido y replicó apartando el porrón de ginebra:

-Peguelé no más, sin asco; es de la güena: hasta el último trago no apeda... Como l'iba diciendo, en antes, jefe, esto era una barbaridá.... ¿Ta güeno el verde?...

-Lindísimo.

-Se ve el criollo!... Oiga, jefe, no es pa desagerarlo, pero palabra que m'es simpático... Y creamé que yo no simpatizo asina no más con cualesquiera... Pero me gusta su estampa, y ese asina como entre mimbre y sauce que tiene usté y que no saben tener los mocitos de la ciudá... ¿Nu haya ofensa, no, que li diga, mocito?... Pa un viejo cuero pelao como yo!... Tome otro trago!...

-Es buena la ginebra.

-¡Macanuda! Me la train d'el otro lao... Usté sabe, los macacos, pa chupar... Güeno, esto no es contrabando, verdá... Pal chupín... ¡Peguelé otro trago, jefe, peguelé sin asco!...

Bebió el mozo y bebió el viejo. Este, haciéndose el borracho, dijo:

-Hacía falta que viniese aquí un hombre como usted, ¿sábe?... Hay mucho pillo aquí... Contrabandean, contrabandean y se rain tuavía... Mire, yo le vi'a contar pa su gobierno...

En ese instante se oyeron unos tiros cercanos. El oficial se puso rapidamente en pie y don Liborio, alcanzándole con toda tranquilidad el porrón de ginebra, dijo:

-Es mi compadre Nepomuceno cazando carpinchos. Estas noches de tormenta son güenas pa cazar carpinchos."

El mozo volvió a sentarse y después de apurar un trago, y ya bastante cargado, interrogó: -¿Y el cuento?

¿El cuento?... Ya se lo he contao, -respondió maliciosamente el pescador...

LA TIERRA ES CHICA

Bajo una pertinaz garúa, el cielo estaba gris, frío el ambiente, lodoso el suelo.

Hacía una semana que se mantenía ese tiempo perverso. Empezó la llovizna en la madrugada deldomingo anterior, justo en el instante en que don ¡Cantalicio abandonaba para siempre el rancho que construyó el abualo y dentro de cuyos negros muros nació él y nacieron sus hijos.

Era un domingo así, brumoso, frío, triste, cuando la miserable caravana se puso en marcha hacia lo ignoto.

En el desvencijado carrito, en un hueco, entre los cachivaches que constituían todo su menaje, iba acurrucada la vieja Silvia, sosteniendo en sus faldas al más pequeño de los nietecitos.

El otro, que apenas contaría diez años, montado en un petiso maceta, con mucha panza y pocas carnes, conducía a la cincha

el carromato.

Delante, caballero en otro matungo magro y añoso marchaba don Cantalicio, arreando al tranco una puntita de ovejas, que no pasarían de treinta. A un costado del vehículo trotaban, silenciosos y tristes, como si ellos también comprendieran y experimentaran la pena del éxodo, «Barcino» y «Fiel», los dos perros veteranos, de mandíbulas casi desdentadas y de garganta casi sin voz.

Al atardecer del domingo, habiendo encontrado al borde del ancho camino real, un pedazo de tierra con alguna pastura, hicieron alto y plantaron el primer campamento.

Con un viejo poncho y una frazada raída, se improvisó una carpa para albergue de ña Silvia y la criatura.

Don Cantalicio hizo fuego con unas ramitas que antes de partir había cortado del membrillo, muerto del guarda patio, y la viejecita preparó la cena frugal.

Después, siempre en silencio, personas y bestias se tendieron a la intemperie, buscando en el suelo alivio a la penuria de aquella primer jornada en el amargo viaje a lo desconocido.

Pero el sueño se empeñó en negar su bálsamo al viejo paisano. Su espíritu, obscurecido por los años, por las fatigas y por los azotes e la adversa suerte, luchaba por hallar explicación a aquella supre ma injusticia del destino.

Hacía más de cincuenta años que ocupaba el Puesto Chico, sucediendo a su padre, que había su cedido a su abuelo.

Por mucho tiempo fueron simples «agregados pagando el usufructo del escaso terreno con su gratuito concurso a las faenas de la estancia; pa radas de rodeo, yerras, esquilas, monteadas y aúr otras muchas.

Después, a medida que el progreso iba expulsan do a latigazos las sencillas instituciones patriarca les, hubieron de someterse al nuevo régimer La lana del

pequeño rebaño que mantenían para el consumo, debió partirse por mitades con el propietario de aquel campo inmenso, cn la mayor parte inculto y despoblado. La mistad del trigo y del maíz que producía la chacra, los mejores productos de la huerta de hortalizas, las sandías más bellas y los durazr.os más preciados, correspordían al amo.

Como don Cantalicio era un hombre fuerte y animoso y contaba con la ayuda de su esposa y de tres hijos que no le desmerecían cn honradez y amor al trabajo, fueron vivier. do.

Pero una noche cantó la lechuza posada sobre la cumbrera del rancho. La muerte crtró y se instaló en la casa, cebándose en la carne fresca. Una tras otro, en breve espacio de tiempo, sus tres hijos fueron conducidos al «Bajo de las Cruces ».

Los años y los sufrimientos agotaron las fuerzas del valeroso trabajador, La producción mermaba de año en año y llegó un día en que el patrón lo expulsara sin misericordia, como se manda al

matadero al buey viejo que ya no puede con el yugo.

El imploró. No le hicieron caso. Protestó, y entonces interveno la «justicia», que, en nombre de la justicia, lo arrojó con su vieja mujer, con sus cachivaches, con sus nietecitos, sus treinta ovejas ruines y sus dos perros viejos, al camino real.

-¡Canejo!-exclamó don Cantalicio en un relámpago de rebelión-¡Si yo lo hubiera sabido hace veinte años qu'esto es la justicia, o si yo tuviese aura la juerza de hace veinte años!...

Pero se resignó en seguida; y cuando en el momento de la partida el mayor de sus nietos le propuso ingenuamente:

-Tata viejo ¿Quiere que le prienda juego al rancho pa que no puedan aprovecharlo ni pa leña? -él lo miró severamente y respondió:

-Si el caballo patiase a traición como la mula, sería mesmamente despreciable como la mula!... Y eran ya siete días de

lento rodar por el camino, sin objeto, sin rumbo, sin prpósito. Al amanecer de aquel domingo, don Cantalicio se puso a observar la enormidad del campo, casi desierto, que se extendía a ambas lindes del camino.

-¡Cuánta tierra!... Sobre esa tierra viven ñanduces, venaos, zorros, vizcachas, comadrejas, peludos, lagartos, víboras y tuita laya 'e sabandijas inútil o dañina!... Y pa un pobre viejo como yo no alcanza!... ¡Tanta tierra, tan grande la tierra! Y sólo resulta chica p'al que la trabaja, p'al que la quiere de amor, p'al que se casa con ella y le hace hijos!...

LA VENCEDORA

Después de haber purgado con treinta años de reclusión carcelaria, un crimen, horrendo, sí, pero debido más que a instinto criminal, a pasión juvenil y a completa ignorancia. Dionisio Morales regresaba al pago jamás olvidado y siempre querido.

Cuando alguna vez sus compañeros de infortunio tildaron de pueril su nostalgia, respondió con acento de convicción profunda:

-«Un gaucho puede olvidarse de todo, hasta de la madre que lo echó al mundo; pero pa olvidarse de la querencia, es necesario que haiga dejao de ser gaucho »>.

El pago es la casa donde se ha nacido y a la cual se vuelve siempre obedeciendo a la misma fuerza irresistible que hace volver a la golondrina, año tras año, en busca del mismo sitio, del mismo alero, del mismo

rancho donde construyó su primer nido.

El pago es el campo donde se montó el primer petizo y se boleó el primer ñandú y se domó el primer potro y se enlazó el primer novillo.

El pago es la vasta extensión de tierra, donde no hay un pasto, ni un llano, ni una loma, ni un cerro, ni un estero que no le sean familiares.

El pago es la comarca donde se conoce el apelativo de todas las estirpes y el nombre de todos los individuos, y las cualidades de todas las mozas y el grado de pujanza de todos los mozos y todos los caminos que lo estrían, y la marca de todas las haciendas que la pueblan.

El recuerdo del pago es el baúl donde yacen confundidos los buenos y los malos recuerdos, recuerdos de gozo o sufrimiento, recuerdos del hogar, recuerdos de amor, de amistades, de rencores y de odios.

Para olvidar el pago es menester olvidar

toda la vida vivida.

El pago es invariable. Donde se corta o se seca un tala, nacen otros talas; donde se desploma un rancho, se edifica otro rancho igual; donde había trébol, siempre habrá trébol, y donde hubo cardos habrá cardos siempre, y las aguas de los arroyos viajarán siempre por el mismo cauce, y las mismas especies de pájaros cantarán siempre las mismas canciones ...

Por eso el recuerdo del pago perdura intacto a través del tiempo y las distancias...

Cuando llegó a la estación de su destino, tras largo y estremecedor viaje de ferrocarril, Dionisio dió un hondo suspiro de satisfacción y al mismo tiempo que abrazaba efusivamente a su anciano padre, sus ojos buscaban el redomón que lo conduciría al rancho nativo.

Pero en vez de caballo airoso, había un carrito. -¿Cómo es eso, tata,-interrogó;-ya no tiene caballos de andar?

No; sólo tengo éste y otro carretonero. -¿Quién doma ahora los potros de la estancia? -Ya no hay potros.

-¿Qué se hizo la yeguada famosa de la estancia?

-Ya no hay estancia.

Abrió tremendos ojos el ex presidario para preguntar con asombro:

-¿Ya no existe la estancia del Higuerón? -No: ahora todas son chacras y fábricas. Dionisio iba de sorpresa en sorpresa. Marchaban por un buen camino resto festonado por dos prolijas alambradas. A ambos lados del camino verdeaban los grandes cuadriláteros sembrados de trigo y alfalfa; y aquí y allá, cercanas como en pueblo, surgían las casitas blancas, rodeadas de árboles.

El asombro de Morales rayaba en el desconcierto, hasta el punto de creer se le llevaba por un pago desconocido.

Pero de pronto volvió a la realidad,

reconociendo, muy próximo ya, un viejo y querido amigo.

-¿Son los Sarandises?-preguntó señalando con la mano el arroyo inmediato.

-Son,-respondió el padre.

-Ha d'estar fiero el paso en este tiempo.
-No: ahora hay un puente.

¿Un puente? ¿Los gauchos de ahora necesitan puente para vadear los arroyos?...

Y luego de pasarlo sin obstáculo alguno el antes temido vado cenagoso, donde solían boliarse los fletes más mentados, apareció ante la vista del ausente un espectáculo desconcertante. Altas chimeneas de molinos emergían del suelo prolijamente cultivado. Por cuadras y por cuadras extendíanse los bosques de frutales, alternando con los canteros de hortalizas y los macizos de flores. Y por todas partes, sendas arboledas, imponentes galpones de cal y canto y azul techumbre de hierro, y máquinas extrañas que jadeaban

ejecutando tareas incomprensibles para Morales... Este no pudo más, y exclamó con rabia: -Este no es mi pago!...

El viejo detuvo el carrito frente a una modesta y alegre casita, y respondió:

-Este no es mi pago!... ¿Quién lo ha transformado d'esta laya?

VIDA ESTATICA

Sentado sobre uno de los varios baúles que obstruían la pequeña pieza de hotel, don Buenaventura Villaurreta departía con media docena de amigos.

Por primera vez, desde largos años atrás veían a don Buenaventura sin aquella su característica expresión de aburrimiento y tristeza; y por primera vez lo encontraban locuaz, alegre, decidor.

-Sí, amigos míos,-decía,- sí, por fin consigo resolver el problema que ha estado amargándome el alma durante treinta años... ¡Una simple solución tan fácil, sin embargo, tan simple, tan natural; me vuelvo a mi provincia, a mi pueblo, a mi aldea!.

Y diciendo esto, don Buenaventura se restregaba las manos, resplandeciente de satisfacción su rostro amarillento y enjuto, tajeado por largas y hondas arrugas.

Era un caso curioso el suyo. Hijo de un rico y rústico industrial jujeño había nacido en un mísero villorrio enclavado en un estribadero de la sierra desnuda y esquiva.

Allí pasó su niñez y de allíle enviaron a Buenos Aires, donde cursó sus estudios, torturado por la nostalgia de la montaña adusta, del caserío de piedra, chato y obscuro, del cicutal de la plaza, del campanario del templo, única voz que turbaba, en intervalos regulares, nunca alterados, el silencio infinito del lugar.

Resignado con esa resignación propia de las mulas andinas que no se apuran nunca porque saben que su destino es subir y bajar cuestas, se recibió de abogado, ocupó un puesto administrativo fué ascendiendo, ocupó una banca en el Congreso, y la vida no le ofreció jamás las emociones de un temporal.

Y eso no obstante, don Buenaventura fué siempre un ser infeliz, roído por inclemente pena interna para la que no existía remedio en la farmacopea moral.

Era el suyo, un vicio ingénito. Tenía una alma estática o, por lo menos, de una motilidad tan lenta, que siempre encontrábase retrasado con relación al medio ambiente.

Dueño de un corazón afectivo, naturalmente predispuesto a la monótona tranquilidad del hogar, la cincuentena lo encontró celibatario, porque no halló en su camino una mujer que se ajustase al ideal formado, escuchando las pláticas y observando los actos de la madre y de la abuela, de la madrina y la tía, en la simplicidad lugareña.

En arte, cuando él hallábase en pleno embeleso con la maciza filosofía spenceriana, el simple naturalismo de Zola, las ingeniosas artificiosidades de Sardou y Dumas hijo, las pegajosas melodías rossinianas y las alegres luminosidades de Delacroix, llegaron para desorientar su espíritu y desorbitar su juicio, las inquietantes teorías de Nietzsche, los dolorosos análisis de Sudermann, la complicada simplicidad y la desconcertante temeridad de Ibsen.

¡No!... El mundo marchaba demasiado aprisa y él ambicionaba vivir tranquilo, creyendo hoy lo que había creído ayer, apreciando de hombre lo que apreció de niño; la paz, en fin, la quietud, la liberación de los ruidos y las fatigas de la endemoniada dinámica actual...

Y resolvió irse a su provincia, a su pueblo, a su aldea prendida a las rocas de la montaña, allí donde las cosas y las ideas se mantienen inmutables como la montaña misma.

Y se fué, con el alma henchida de esperanzas. Y cuando llegó a su aldea, se encontró con que antes que él había llegado el ferrocarril, con que el cicutal de la plaza había sido reemplazado por un jardín inglés, y con que al frente de la fonda familiar, un gran trablero anunciaba:

«Cordillera Hotel ».

Ni se ha vuelto a saber nada de don Buenaventura Villaurreta.

-¿Otro litro?

AMERICA HECHA

Antonio vaciló un momento, como calculando sus fuerzas, y respondió:

-¡Vamo, otro, qué diablo!...

Los vasos tornaron a llenarse de cerveza y los cuatro amigos bebieron, reanudando la charla alegre y ruidosa.

Antonio estaba contento, muy contento dentro de su traje de paño negro recién adquirido y lleno de arrugas. Con sus gruesos dedos callosos se atusó el espeso bigote rubio y se puso a reir, a reir estrepitosamente, a reir con los labios, con los ojillos azules, con todo el rostro tosco de bravo trabajador.

—¿Viva Italia!--gritó uno.

-Evviva la América!-respondió Antonio con una voz emocionada, reveladora del profundo agradecimiento que sentía por la tierra generosa que iba a abandonar en

breve, despues de haber visto realizado todos sus ensueños, satisfechos todos sus deseos.

Sentíase embriagado más por la felicidad que por la cerveza, y encontrábase fuerte, joven como cuando había llegado a Buenos Aires, treinta años atrás, sin más caudal que sus brazos murculosos y su decisión de hacer fortuna.

Jornalero al principio, colono más tarde, propietario al fin, el trabajo y la economía le permitieron llegar a aquel resultado. Era uno de los más antiguos pobladores del Chaco y uno de los primeros cultivadores de algodón. Su chacra parecía una tonsura de la selva que le formaba en todo el contorno altísima muralla viva. Allí, en su ranchito de adobe, tejado con palmas caranday, casi aislado del mundo, habían transcurrido tres lustros de su vida laboriosa. Había soportado mil fatigas y había escapado a mil peligros; las enfermedades, las fieras, el salvaje,los bandoleros, y las autoridades; y había vencido al fin, a fuerza de energía y de constancia. En los últimos tiempos, su

existencia se deslizaba mucho más plécida. Casado tarde con una compatriota buena y bondadosa como él, dos hijos llegaron para alegría del hogar y para señalar un objeto a la fortuna que iba engrosando visiblemente.

Y él seguía trabajando, sin propósito de futuro, sin saber a ciencia cierta el monto de su caudal, cuando se le presentó un comprador. El precio era bueno; además, las dos últimas cosechas habían sido malas. La cifra total de su fortuna apareció de pronto ante su vista y un deseo repentino nació en Antonio; volver a Italia, presentarse rico en la aldea natal. Púsose a soñar con la montaña, evocando enternecido sitios, nombres, fisonomías y el vago deseo trocóse en necesidad imperiosa. En una semana había realizado la venta y todos los preparativos del viaje. El lunes se marcharían al pueblo para tomar el vapor que los conduciría a Buenos Aires,y en tanto, él aprovechaba el domingo para despedirse de sus amigos, bebiendo unas botellas de cerveza en la pulpería del lugar.

Su intención era regresar temprano, pero entre charla y charla, el tiempo fué pasando y ya comenzaba a obscurecer cuando abandonó la pulpería, distante de su casa, un par de leguas. Ansioso de llegar, castigó al caballo y se internó a trote largopor el camino estrecho y tortuoso que como un túnel horada la selva...

Al echar pie a tierra junto al viejo arrayán que servía de custodia a su morada, Antonio se sobresaltó. Ninguna luz salía de las habitaciones, donde reinaba un silencio absoluto. Era extraño que los chicos no saliesen, cual de costumbre, a su encuentro. Desensilló presuroso y se dirigió al rancho. —¡Juana!-llamó desde la puerta, y como nadie respondiera, volvió a llamar.

Con la caja de fósforos en la mano estuvo un momento indeciso, luego dió dos pasos en la habitación. encendió .No veía nada, la cerilla temblaba entre sus dedos. Sobre la mesa estaba un candelero con vela, encendió, observó: nada. Tambaleando como un ebrio, inundada de sudor la

frente, penetró en la otra pieza, levantando en alto la palmatoria.

-¡Madona!-rugió.

En medio del aposento, en un charco de sangrei estaban tendidos su mujer y sus dos hijos. Antonio los reconoció, encontrándolos sin vida; los cuerpos estaban acribillados a puñaladas. Como un autómata, Antonio acercó la luz al baúl abierto; estaba vacío. Su fortuna había desaparecido.

-¡Madona! ¡Madona!-volvió a exclamar. Y salió al patio en busca de aire.

Durante un cuarto de hora permaneció inmćvil, recostado al muro. Luego, tomada una determinación, volvió a entrar, cargó con el cuerpo de su esposa y fué a depositarlo en medio del patio; después hizo lo mismo con sus hijos. En seguida fué al galpón, trajo una pala, penetró en el rancho, amontonó ropas y muebles, acercó un fósforo, y cuando la llama se elevó alta, salió.

Iluminado por los resplandores del incendio, Antonio cavó una fosa, en la que sepultó a su mujer. Luego procedió a abrir otra huesa, donde depositó a sus hijitos. Concluída esa fúnebre ocupación, quedóse un rato apoyado en la pala, la vista fija en el suelo.

-¡Madona!... ¡Madona!-torno a exclamar con voz lastimera, y golpeó con rabia aquella tierra que le había dado fortuna y felicidad para arrebatárselas así. ¿Qué hacer ahora?.. Volvió a tomar la pala y a cavar otro hoyo. Cuando estuvo pronto, se metió dentro y tranquilamente, horriblemente, empezó a cubrirse con la tierra extraída.

Cuando vino el día, el rancho convertido en cenizas humeaba.

DE CÓMO MARTIN GANÓ UN PLEITO

De tiempo inmemorial existía en el suburbio de Curuzú-Cuatiá, una mísera «Posada y fonda», en cuyo frente pintado de amarillo, se leía, en gruesas, toscas, irregulares letras negras: «Al Vesuvio ... Ito».

Desde Giusseppe Moscardini, el fundador, hasta Giovani Pascualone, el último poseedor, la fonda había tenido por lo menos diez dueños y sus muros frontales habían recibido por lo menos veinte baños de pintura amarilla, y el letrero de la muestra se repetía invariable: «Al Vesuvio Ito ».

¿Qué significaba aquel « Ito »?

Misterio. Al principio intrigó a todos, y en el correr de los años despreocupó a todos, por más que contribuyera, sin duda, a la prosperidad del negocio.

Quizá Giusseppe Moscardini fué un fino psicólogo, pero su sucesor actual, Giovani Pascualone, era un perfecto bruto.

Su cabeza pequeñita, siempre pelada al rape, parecía una bola a la cual se le hubiese pegado entre dos orejas enormes, el triángulo de una nariz formidable.

Debajo de la cabeza, unas anchas espaldasgibosas, unos fornidos brazos, terminados por manazas velludas, y un par de piernas largas, rodilludas y asentadas sobre unos pies enormes y disformes,

Al lado derecho del imponente macizo de la nariz, perdido en una cuenca de rugosos bordes, había un ojillo gris; en el mismo sitio de la margen izquierda, sólo una pequeña depresión y una fisura, algo así como la boca de un manantial que se hubiese cegado.

Pero, horriblemente feo y superlativamente bruto, el tuerto Pascualone no dejaba por eso de hacer progresar su pequeño negocio; bien que fuese a base de avaricia, de mala fé y de

fraudes de toda laya.

Entre los mejores parroquianos de Giovani se contaba don Martin Baygorria, un vasco grande como un rancho, fuerte como un toro, bueno como un pan.

Todas las madrugadas, al iniciar el reparto, don Martín-caballero en su mula zaina-cuyo largo y desordenado trote hacía chocar entre sí los grandes tarros de latón, llegábase a la fonda del «Vesuvio Ito» para tomar su gran vaso de caña que servía Giovani en persona.

Las estaciones cambiaban, a veces radicalmente, pero nunca la indumentaria del vasco lechero; así abrasara el sol, así achicharrara el frío, él llevaba siempre la boina azul, la camiseta tableada, de merino negro, el chiripá listado, sujeto por el largo cinto de carpincho con broche formado con innumerables pesetas » españolas, «rialitos » orientales y cuatro medias onzas de oro, de gastado cuño, y las clásicas alpargatas floreadas.

Y siempre jaranista el vasco, y dispuesto a

exacerbar la natural hosquedad del tuerto.

Un día entra un chico y pregunta humildemente:

-Manda decir mamá si me puede decir c'hora es ...

-¡Nun so!... Tengu lu relu parau-respondió Giovani con agriedad; y Martín, dirigiéndose a los tertulianos del boliche:

-Bachicha nunca da cuerda relo, porque caminando gasta maquinismo.

Giovani protesto:

-¡Nu gue sun tontu amaneti mí! ... Y el vasco a replicar:

-¡No, no!... Por eso estar tuerto, tapado un ojo gastar mitá luz, vela encendida noche!... Peleaban, pero eran buenos amigos. O lo fueron hasta una noche en que Giovani le ganó a Martín tres partidas al «mus».

El vasco tiró la boina al suelo, la pisoteó, se mesó los cabellos; se puso la boina, la

volvió a tirar y a pisar y mesarse los pelos, y dijo iracundo:

-¡Me caigo reina Cristina!... Yo vasco, bachicha vos, un ojo solo, ganarme «órdago» grande, caballo, un sota y siete sucio... ¡Me caigo reina Cristina; Samalacarregui ayuda!...

Pagó y se fué echando chispas; pero como enojo de vasco dura poco y el rencor no fructifica en esos grandes y simples corazones montañeses, a la madrugada siguiente volvió, como de costumbre, a tomar su vaso de caña. A la tarde, Giovani lo invitó a jugar las copas al «mus ».

-Mus nunca más jugo mus contigo-replicó Martín-verguenza que entuavía tengo quemando adentro <órdago» ganarme ayer ... ¿Te juego «<escoba »?...

-Bene.

Y jugaron a la escoba. Y el vasco ganó cuatro partidas y estuvo tan contento que gastó en convidadas el doble de lo que había ganado.

Giovani quedó furioso. Y no olvidó ni perdonó, como Martín, la derrota. Adusto, taimado, esperó la vnganza, y ésta se le presentó un mediodía en que Martín fué a pedir que le diese de almorzar.

-E tutto finito; minga da mangiare

-¿No tienes un gallina qu'echar cazuela?.. -¿Ina gallina in questo tempo porco?... In questo tempo porco ina gallina vale tanto, tanto, como in novillo, sabe?

-Pero gallinas poner huevos...

--Pur poner, pone, ma propio ina miseria ..... -¡Bay, bay! ¡Agarra huevos, mete sartén trái pronto, que tengo tripas chiflando como cañutos de órgano!

Poco después, el fondero traía una sartén con diez huevos fritos, que el vasco comió golosamente, rociándose con un litro de vino carlón.

-¡Arreyua!-exclamó don Martín-tengo el barriga más hinchao qu'el ubre vaca bragada!...

Al arreglar cuentas, estalló la tormenta. Giovani cobraba por los diez huevos fritos veinticinco pesos.

-¿Vos estás loco? ...

-¡Ma no, sacramento!... ¿Nun sai que en esto tempo porco, un pollo vale due pesi cincuenta?... Queste diechi uove, meténdole a la gallina, faciano diechi polliti... metemo otto... e antunce ...

El vasco abrió tremendos ojos; sujetó con la mano izquierda a la mano derecha, que sentía ansias de dar una bofetada demoledora, y dijo: -Andá robar tu tierra... ¡Pa pagarte nada!... Y salió.

Hacía más de tres cuartos de hora que el juez de paz, Giovani Pascualone y sus testigos, esperaban a Martín Baygorria, demandado por cobro de pesos.

Ya iba a procederse en rebeldía cuando apareció el vasco, sofocado, sudoroso, resoplando como un caballo en final de carrera.

-¿Te parece lindo haberme hecho esperar asina?-exclamó severamente el juez.

-Disculpa, señor juez; pero estaba ocupado cocinar estos porotos que tengo sembrar luego... Y levantó un pañuelo de yerbas que llevaba en la mano, conteniendo los porotos cocidos que debía sembrar luego.

Giovani, hombre de la tierra, ni pudo contenerse:

-¡Ma qué macana, señor cuez!... Diga un poco: ¿lo poroto cocido nacen?

-¿Y huevos fritos hacen pollos?...interrogó altanero Martín ... ·

Rieron todos, menos el fondero; pero Baygorria ganó el pleito.

EL QUE MATÓ A FAUSTINO DIAZ

Si alguien hubiese dicho, en cualquier punto del vasto pago de Cinco Arroyos, que Tiburcio Ibáñez era un hombre bueno, hasta los chicos se hubieran echado a reir.

Y si alguno,algún forastero, sin duda,- hubiera afirmado en cualquier sitio del gran pago de Cinco Arroyos, que Tiburcio Ibáñez era un hombre malo, los rostros de todos los presentes habrían expuesto una expresión de disgusto y todos los labios habrían permanecido quietos. Era un tipo enigmático aquél.

Haragán como un perro, había llegado a los veinticinco años y vivía a costa de su padre, viejo puestero, quien tenía que pagarle hasta los vicios », mientras él pasaba los días tirado sobre el catre, tocando la guisarra e improvisndo coplas, todas de una extrema amargura, de un negro y doloroso pesimismo:

«Vida linda es la del perro:

< < Comer, dormir y ladrar.
La del hombre: juntar yuyos,
< < Padecer y trabajar » ...

O si no:

< < Como el bañado, tal es la vida,

«Del hombre bueno, zonzo, animal:

< < Arriba plantas con muchas flores «Y abajo mugre de barrizal » ...

Era así, era un triste. Tenía la tristeza de los: sensualismos carentes de fuerza para conquistar los goces con que sueñan. Era uno de esos hombres capaces de padecer hambre, teniendo carne y leña con que asarla, por pura pereza; y entonces encuentran agria y espinosa e indigna de ser vida, la vida.

Le gustaban las mujeres lindas, los asados gordos, los pingos flor, las mañanas azules, los atardeceres dorados, los frescos labios que besan, los pájaros que cantan, las flores que perfuman, todo lo que es

bello. Y por eso era bueno.

Pero le faltaba voluntad para conseguir ninguno de los bienes codiciados. Y por eso era malo.. Cuando su padre le reprochaba su ignominiosa. holgazanería, solía replicar:

-No se apure tata; dende el yuyito más ruin hasta el árbol más grandote, tuitos tienen su destino y su tiempo pa dar flor.

Pero en él la florescencia parecía tardía. Echa-ba hojas, todos los años, más copiosamente en cada año, sin que apuntara un botón. Era como esos zapallos guachos que crecen al bajo del corral. de las ovejas, en tierra demasiado a bonada: se desparraman, se estiran, echan ramas, echan guías, echan flores, pero ninguna de éstas cuaja...

Una tarde cayó a las casas Faustino Díaz, un bandolero de fama siniestra. Tiburcio oyó que discutían ásperamente él y su padre. No sabía por qué. No le interesaba tampoco, pero le incomodaba el ruido de las palabras que interrumpían su siesta.

Exasperado al fin, se levantó,fué hacia el grupo, apartó al padre con un ademán digno, y, golpeándose el pecho, dijo dirigiéndose al forastero:

-Este asunto se arregla conmigo.

-Arreglaremos,-respondió el otro.

Y él, a su hermano Pedro:
-Ensillame el moro.

Le ensillaron el moro. Y partieron, uno junto al otro, en silencio, buscando la soledad para arreglar cuentas como las arreglan los hombres, a la luz del día y sin secretos.

¿Qué cuenta? ¿Qué asunto?...

Tiburcio no sabía nada; no sabía nada más que aquel individuo le había interrumpido la siesta y ese era suficiente motivo para meterle una bala, abrirlo de un tajo, degollarlo, si era necesario, para que no penara.

Faustino Díaz tenía fama de muy guapo. Era un bandido famoso y temido en toda

la comarca. Pero Tiburcio era más guapo. No teniendo nada, no esperando nada, poseía el coraje y la audacia del que juega sin plata, sobre palabra.

Que la jugaban, la jugaban.

Ya en las sombras de la noche que caía, trotaban ambos, uno al lado de otro, pitando en silencio. Iban buscando la costa del Arrayán, sitio propicio para resolver a bala y daga el incidente. ¿Cuál?...

A Tiburcio iba pareciéndole largo el viaje; y en el transcurso fué pensando en lo zonzo de la "parada », en que iba a jugarse con Faustino Díaz, pemor del pago, acostumbrado a desparramar tolicías, a pistolazos y a faconazos. Hasta en10nces, cacarearle a Faustino equivalía a sacar certificado de difunto: en más de una decena de cruces que lloraban en la región, había la firma de su daga.

Pensando de eso, Tiburcio dejó apagar el cigarrillo; y Faustino, advirtiendo, exclamó: -¿No pita, amigo?

-Se mi'apagao y olvidé los avíos.

-Por eso no ha de ser-respondió sonriendo el bandido. Y echó mano al yesquero, que llevaba en el cinto. Con el movimiento se le cayó la pistola. Sonó un tiro. Una bala le partió el corazón.

Tiburcio desapareció del pago y cuando volvió, cinco años más tarde, pudo vivir su vida holgazana con la amplitud del prestigio que le daba su ha za ña.

Iba a la pulpería; venía y convidaba: adquiría una bombacha o un par de botas y decía: -Apunte.

-Está bien, don-respondía el pulpero. Y si alguien preguntaba, quién es ese, el comerciante respondía con aire misterioso y respetuoso:

-El que mató a Faustino Díaz...

Desde entonces nadie le negaba nada; en virtud de ser el hombre que había muerto a Faustino Díaz. El era un zorro, es cierto, y dañino como tal. ¿Pero qué es un zorro

comparado con un tigre?...

Y fué enteramente feliz.

[image]

PALABRA DE ARAGONÉS

La pulpería de don Santiago Ureña, en Barranca Negra, servía de posta a la diligencia y allí almorzaban los pasajeros mientras el mayoral y los postillones operaban la muda de caballos.

La llegada de la diligencia constituía siempre una novedad para los vecinos de aquel lejano pago; y ocurría así que todos los jueves, desde temprano, numeroso grupo de vecinos llenaba la glorieta y la trastienda del negocio.

Era Ureña un excelente aragonés, ya entrado en años, escueto, al punto de que dijesen de él «que toda la pulpa del cuerpo se le había amontonado en el corazón ». Y no mentían, pues, puro hueso y pellejo, asemejábase a una momia, y siendo extremadamente avaro de palabras, era en

equivalencia pródigo de sus caudales y de sus servicios.

«Moneda sucia de vicio o quemada por las lágrimas-decía-no entra en mi cajón ».

Y no había peligro de que comprase-aunque se lo ofrecieran por un vaso de caña-un cuero sin señas o un paquete de cerda sin justificación de su procedencia. Como no había ejemplo de que un pobre del contorno hubiese muerto de frío, falto de una manta coya, o hubiese tenido que vender los bueyes aradorcs para saldar la libreta.

Era muy bueno y no tenía otro defecto que su terquedad aragonesa: treinta años de América no habían conseguido disminuirla en un adarme. Baturro vino y baturro había de morir; lo dicho una vez, ¡cómo si lo hubiese dicho la virgen del Pilar!...

Pues bien; sucedió que en una de esas tertulias de jueves, el viejo estanciero Domínguez habíale preguntado:

-¿A qué no adivina con quién se casa la

hija de su paisano Echevarría?

-No soy adivino-contestó.

-Pues... con el gauchito Rosario, el domador de los Facúndez.

-Mi hija nunca casará con gaucho-respondió solemnemente Urueña.

¡Nadie sabe?-dudó el viejo paisano, y don Santiago confirmó su energía.

-¡Yo sé!... ¡Mi hija nunca casará con gaucho, estando vivo yo!...

Y no se habló más del asunto, y trascurrieron varios años; y ocurrió que Micaela, la hija única de don Santiago, una rubita encantadora, se prendó de Jesús María, un paisanito airoso y ladino que de largo tiempo atrás era peón carretero de la casa.

Cuando el aragonés se enteró de la cosa, cuando Micaela le confesó su amor rogándole asentimiento, él respondió tranquilo, con toda calma:

-Buen muchacho, Jesús María; hombre laborioso y sin vicios... Buen muchacho, pero es gaucho; mi hija no casa con gaucho. Ya dije...

Ni súplicas ni llantos lograron cambiar la decisión del pulpero. Teníale a Jesús María aprecio y cariño; nada tenía que reprocharle, reconocíale muchos méritos; pero... él había dicho: «Mi hija no casará con gaucho, mientras yo viva ».

Micaela no insistió sabiendo la inutilidad de tal empeño; sin embargo, como le era imposible arrancar de su corazón aquel cariño que le había llenado el alma, sufría, lloraba a escondidas, perdía la frescura del rostro e iba consumiéndose rapidamente. A la entrada del invierno empezó a toser y en Julio tuvo que guardar cama. Una noche, sentado a su cabecera, serio y seco como siempre, don Santiago interrogó:

-¡Quieres mucho a Jesús María?

-¡Muchísimo, padre!

-¿Para qué quererlo?... ¿No sabes que no

puedes casar con él?

-Lo sé, padre, pero no puedo dejar de quererlo. -Precisa poder...

Al rato agregó:

Estás floja, hijita; precisa comer. Ella ahogada en lágrimas, respondió:

-¡No puedo, padre!... ¡La comida se me atraca. en la garganta y no puedo!...

-¡No puedo, padre!... ¡Las lágrimas vienen solas y me lienan los ojos!...

Don Santiago, cada vez más hosco, estuvo contemplándola largo rato; y después, levantandose, la abrazó, la besó con inusitada ternura, y salić diciendo:

-¡Qué mejores, hijita!...

A la mañana siguiente, Salvador, el mozo principal de la pulpería, asombrado de que a las nueve de la mañana, el patrón no hubiese descendido aún, subió al altillo, y lo encontró en la cama, muerto, la cabeza atravezada por un balazo. Sobre la mesa

de luz, había un papel en que estaba escrito:

>>Hijita mía: No sufras más. Estando yo vivo no podías casar. Yo te bendigo y también a Jesús María, un buen muchacho. Adiós, hija, y sé feliz y reza alguna vez por el alma de tu padre.- Santiago Urüeña».

DE LA BIBLIA GAUCHA

Imposible es concebir al rudo domador del desierto sin el complemento de su apero.

El civilizador primitivo, el obrero heróico que desafiando todos los peligros y soportando todas las fatigas pobló las oscas soledades, echó los cimientos de la industria madre, conquistó la independencia e impuso la libertad, vivió siempre sobre el recado, pasó toda su vida sobre el recado.

Desde las barras del día hasta el toldar de la noche, el épico pastor de músculos de acero y voluntad de silice, bregaba infatigable en horquetado en su pingo y el apero era a un tiempo silla y herramienta y arma defensiva.

En el transcurso del medio, durante la gesta, los lazos y las boleadoras del abuelo gaucho contribuyeron con mucha mayor eficacia al fundamento de la riqueza pública y de la integración nacional que

los latines y las ampulosidades retóricas de los «lomos negros » ciudadanos.

El apero es la expresión perfecta de la multiplicidad de necesidades a que estuvo sometido el individualismo victorioso de nuestro gaucho. Cada prenda merece un himno, porque cada una de ellas desempeña un cometido.

Desde la humilde « bajera » hasta el orgulloso «cojinillo », desde el «piador» a la «encionera », bozal, cabresto, maneador y manea, todo constituye algo semejante a un taller donde ninguna pieza es inútil, donde a cada una le corresponde un cometido, y en ocasiones, múltiples.

Durante casi todo el día y todos los días, el gaucho permanece sobre el recado. Sobre él trabaja, sobre él pelea y sobre él va en busca de los reducidos placeres que le ofrece su vida de luchador sin treguas.

Y cuando llega la noche, la silla, la herramienta' el arma, se convierten en lecho.

Blando, incomparable lecho sobre el cual el héroe descansa, duerme o medita o sueña en proezas guerreras, en derroches de coraje, en lucha contra usurpadores o tiranos, o tiernos idilios con la pastora que tiene el nido junto al arroyo, donde se besan las brasas de las flores del ceibo con los pálidos labios perfumados de la flor del sarandí.

Obras de JAVIER DE VIANA

Su temperamento de escritor realista, crudo muchas veces pero siempre observador exacto y pintor admirable, lo ha arrojado a la empresa de grabar para siempre en el breve block del cuento cien tipos distintos de nuestros campesinos, para los cuales su objetivismo tiene a veces, una tierna suavidad que emociona, como el de una mano materna para un hijo débil y defectuoso. Conocedor profundo de la naturaleza patria; devoto de su cielo cambiante, de sus cuchillas monocordes de amigas pendientes, de sus selvas bajas e intrincadas que esconden arroyuelos minúsculos y nerviosos de sus pájaros inquietos y burlones, de sus lejanias violadas que espuman horizontes distantes, todos sus libros son una oración ferviente al terruño querido, una ofrenda sentimental a aquello del exterior que lleva también en su interior como una música que no se apaga nunca, como una alucinación que sólo con la vida

desaparece. A su obra, ya extensa, publicada por esta casa, hay que agregar la próxima edición de todos los cuentos inéditos, que en el mismo orden anunciado irá publicando esta casa editora.